

RAMÓN GOY DE SILVA

El Reino de los Parias



CIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA, DIARIOS, REVISTAS Y PUBLICACIONES

MADRID	BUENOS AIRES	BARCELONA	PARIS
Libertad, 7,	Esmeralda, 574 y 576.	Rambla del Centro, 10.	Rue de Lille, 7.

RAMÓN GOY DE SILVA

El Reino de los Parias

PRECEDIDA DE

La Reina Silencio

«*Si el hombre muriere* ¿volverá *á vivir? Todos los días de mi edad esperaré, hasta que venga mi mutación.*»

(Del libro de Job. Capít. XIV. Versículo XIV.)

Palabras liminares de Jacinto Grau

Ofrenda de Villaespesa

Ilustraciones de Francisco Escriña

MADRID
IMP. ARTÍSTICA DE SÁEZ HERMANOS
Calle de Monserrat, 7.
MCMXV

PALABRAS DE UNA TRAGEDIA

Y PALABRAS DE UN COMENTARIO

«Un ser vivo, es siempre
un misterio.»

WALT WHITMAN

Goy de Silva, mi alto, silencioso y taciturno amigo, que guarda avaro su espíritu, más alerta que un dragón de leyenda su tesoro, Goy de Silva el gran desdeñoso y el gran callado, que semeja esperar un infinito lejano, más allá de todas las muertes y que, mientras espera, está triste como un mancebo tempranamente meditabundo, cual si barruntase su vejez en la tierra y presintiera un nuevo *Eclesiastés*, más femenino y más trágico, que aún está por escribir. Goy de Silva tiene el capricho, el antojo de artista, de que yo prologue su «Reina Silencio»,

obra de una elocuencia tan sustantiva que es, de por sí, improlongable.

Un prólogo es innecesario en este caso.

El deseo de prólogo del singularísimo autor es todo un humorismo hermético. Goy de Silva es un inentendido. Esta es para mí su mayor fortuna. Vivir, pasear en una ciudad, ser vecino de la villa de Madrid, ó de otra urbe cualquiera y no ser conocido fuera de la exterioridad de un traje, de un nombre, de una superficie, de un contorno. Es decir, venir á ser algo geométrico, sin dejar traspasar ni el más leve rumor de un alma... Brummell hubiera dado la mitad de su vida por llegar á esto. Brummell y el *dandysmo* sajón, al modo como lo interpreta Barbey D'Aurevilly, es algo débil junto al sentido peculiarmente aristocrático de Goy de Silva. Este joven poeta nuestro vive para él sólo una vida interior con todo el atractivo del misterio. Pero entre los hombres y en sus relaciones exteriores Goy se limita á desdeñar. ¡Y cómo desdeña! A mi modo, yo no conozco nada más elocuente ni más mortificante para el interlocutor que el silencio de Goy. Este admirable artista de la reserva, tan inestudiado por la vulgar observación de nuestros escrito-

res, ha sentido, como nadie, el sentido aristocrático del callar y del pensar para adentro.

En su obra refleja su alma cambiante, enigmática y altiva. En nuestros valores literarios falta altivez. El único escritor, exceptuando á Valle-Inclán, verdaderamente altivo con que contamos hoy es Goy de Silva. No le importa nada, quizás porque le importa mucho todo ó al revés. El creador de «La Reina Silencio» no es para ser tratado por un Stendhal de ocasión. Un pedante, recién salido de la cátedra de un Richet, quizás luciera su psicología experimental, pero hay mortales muy distinguidos que después de haber abogado por la cátedra en España de esa asignatura tienen el honor de no creer en la psicología experimental.

«La Reina Silencio», en la cual incluímos esa otra línea contínua ó paralela que se llama «El Reino de los Parias», es la única tragedia de la muerte que se ha intentado escribir hasta ahora, en sentir del que esto dice. Ni la danza de la muerte, ni los ritos de esta diosa, ni toda la historia erudita tan profusa del morir, tienen nada que ver con el propósito iniciado por Goy al trazar su obra maestra hasta ahora.

Todo lo que aquí intente sugerir mi torpeza

es vana palabra, después de haberse escrito las palabras de la tragedia y del poema. No debe buscar en «La Reina Silencio» un lector avisado ni imágenes rutinarias, ni fervores del autor. Este magnífico é implacable evocador de sus personajes no tiene ningún empeño en que se le entienda. Enciende una luz y peor para aquellos que no se alumbren en su llama... Evoca á la Muerte, quizás tampoco cree en ella; viéndola como la ven los demás mortales. La Muerte para Goy de Silva, es un fantasma más. ¡Una apariencia! ¡Otra funesta apariencia de los hombres! El autor juega admirablemente con los Siete Pecados Capitales, enemigos terribles de luchadores de santidad, y el Hombre rey, ciego, ya en los umbrales del Misterio, y un nuevo pecado capital, la hipocresía, no cantado aún por nadie, y la misma Señora Doña Muerte, con una cola de princesa soñada por Aubrey Beardsley, Kay-Nielsen ó por Dulac, sirven á Goy de Silva para hacer quizás la tragedia más terriblemente ingenua y humorística que se conoce. El humorismo de Goy, aún no anotado por ningún crítico, es puramente norteño y nebuloso, completamente desusado en España

y nunca sentido sinceramente hasta Goy por nuestros literatos y artistas.

El humorismo de Goya es cosa aparte.

La estética de Goy es esotérica. El, con unos pocos más artistas, no se convierte nunca en cómplice del lector. Sigue un camino. Le importa muy poco seguirlo solo.

En «La Reina Silencio» está para mí, de lo que yo conozco hasta ahora, lo más característico del espíritu de Goy. Es su camino, exclusivamente suyo. Sígalo quien quiera, ó no lo siga, es igual. El poeta del ensueño y del desdén lo seguirá solo... y el que no lea entre líneas ó el que se figure leer sin conseguirlo, que se quede donde guste. El poeta calla y avanza en busca del infinito, quizás para mirarlo un día frente á frente, como á la verdad, y tomarlos á ambos por dos quimeras más entre tantas.

Esta admirable y honda y rara y peculiarísima irreverencia de Goy, es, entre lo poco que ve, lo que mejor ve el que esto firma por capricho de un originalísimo poeta.

JACINTO GRAU.

A Ricardo Baeza

Á GOY DE SILVA

I

Asciende hasta la cumbre, peregrino,
místico enamorado de un lucero...
Para llegar más libre y más ligero
despójate de todo en el camino.

¿Qué dejas en el valle? Vagos nombres,
falsas grandezas y trabajos vanos...
Ciudades habitadas por los hombres
y sepulcros poblados de gusanos.

La nieve virgen de tu orgullo asalta,
y embellece su paz con la presencia
de tu desnuda juventud de Apolo...

Y en la cumbre más ríspida y más alta,
con la estatua inmortal de tu conciencia
ten el valor heroico de estar solo.

II

En la cima más alta de la idea,
libre de todo terrenal anhelo,
canta á la vida, y, que tu canto sea
un eco de las músicas del cielo.

¿Qué importa que no entiendan tu lenguaje
los oídos pegados á la tierra?
¿Quién sabe, cuando canta el oleaje,
el gran misterio que su voz encierra?

Allí tu pensamiento será tuyo
y de Dios nada más. Para tu orgullo
habrá guirnaldas de celestes rosas.

Y en las noches fantásticas y bellas
oirás, en el silencio de las cosas,
la música inmortal de las estrellas.

III

Sé la sola escultura de tu parque.
Haz de tu propia soledad tu orgullo,
que estando solo, todo cuanto abarque
tu imperiosa mirada, será tuyo.

Libre de todo, de tu propio rito
serás el Dios, y tu inmortal imperio
empezará en el mar de lo Infinito
y acabará en las playas del Misterio.

En medio de la gran Naturaleza
sé, bajo el claro sol de la belleza,
de ternura y amor único ejemplo,

como un inmenso órgano sonoro
que al derramar sus músicas de oro
hace temblar las bóvedas del templo.

Francisco Villaespesa

«Aus gläsernen Särgen blikte mich überwundenes Leben an.

«Den Geruch verstaubter Ewigkeiten athmete ich: schwül und verstaubt lag meine Seele.»

FRIEDRICH NIETZSCHE: *«Also sprach Zarathustra.»*

Morir es despertar.

Simbolizar la muerte en un esqueleto es poner un límite á aquello que no tiene fin.

Morir es despertar.

Por que es seguro que la vida en este mundo es un sueño efímero de la existencia eterna.

No es la muerte descarnada y calva, tal como nos la revelan los visionarios ascetas.

Es la amante sublime que nos acoge allí donde todos nos abandonan.

Es la sirena de los cantos de esperanza.

La que nos besa en la boca fría, cuando no pronuncia ya más que frases de silencio...

En los ojos despojados de visiones...
En la frente que se ha tornado olvida-
diza...
En las manos cansadas...
Y en el corazón vacío...
¡Oh, el mágico sueño de la Muerte!...
Es preciso morir para conocerlo,
y morir es despertar...

La Reina Silencio

DRAMATIS PERSONAE

La Reina Silencio.

El peregrino.

La pastora Yolanda.

Las siete princesas.

ACTO PRIMERO



Patio del castillo. A la derecha, la torre principal muestra su parte frontera y su gran puerta cerrada, desde cuyo umbral desciende una escalera de piedra, en forma de pirámide truncada. Al fondo, perdiéndose en la sombra, se extienden los macizos del jardín ilimitado.

ESCENA PRIMERA

LAS SIETE PRINCESAS

Vienen del bosque y traen en sus velos flores silvestres.

PRINCESA PRIMERA

Con túnica de oro.

Mirad, hermanas, he cogido todas las siemprevivas de los prados...

PRINCESA SEGUNDA

Con túnica de púrpura.

Y yo, todas las amapolas de los trigales...

PRINCESA TERCERA

Con túnica de plata.

Yo, todos los lirios del valle...

PRINCESA CUARTA

Con túnica morada.

De violetas traigo llena mi falda...

PRINCESA QUINTA

Con túnica rosada.

Todas las adelfas... Mirad todas las adelfas que he encontrado á mi paso...

PRINCESA SEXTA

Con túnica verde.

Yo sólo he buscado tréboles... Todos son de cuatro hojas...

PRINCESA SÉPTIMA

Con túnica celeste.

Yo traigo campanillas azules y pensamientos de todos los colores...

PRINCESA PRIMERA

Adornemos el patio... formemos en la arena un tapiz de flores... El príncipe esperado no tardará...

PRINCESA CUARTA

Dicen que es muy gentil...

PRINCESA SEXTA

Joven y hermoso...

PRINCESA SEGUNDA

Afirman que su voz es como el eco de la campana de cristal que pende de esa torre...

PRINCESA SÉPTIMA

Tiene las manos blancas, como azucenas escogidas...

PRINCESA TERCERA

Y sus ojos como dos berilos...

PRINCESA QUINTA

Sus cabellos son como de oro en la sombra...

PRINCESA PRIMERA

Es el más bello de todos los hombres, de todos los príncipes... pero no tiene corazón...

PRINCESA SÉPTIMA

Sí tiene corazón, mas insensible...

PRINCESA CUARTA

Es un corazón enfermo...

PRINCESA TERCERA

Un corazón que ha sufrido mucho... un corazón dolorido...

PRINCESA SEXTA

Un corazón viejo... un corazón helado, marchito...

PRINCESA QUINTA

Un corazón muerto...

LAS OTRAS PRINCESAS

¡Muerto!...

PRINCESA PRIMERA

¡Oh!, pero su rostro es bello... su cuerpo es bello... mejor, mejor...

LAS OTRAS PRINCESAS

¡Mejor, mejor!...

PRINCESA SEGUNDA

¿A cuál de nosotras elegirá?...

PRINCESA SEXTA

A la más hermosa...

PRINCESA PRIMERA

A la más rica...

PRINCESA TERCERA

A la más amante...

PRINCESA CUARTA

A la más sabia...

PRINCESA SÉPTIMA

A la más alegre...

PRINCESA SEGUNDA

A la más complaciente...

PRINCESA QUINTA

A la más mala... no tiene corazón...

PRINCESA PRIMERA

Yo lo llevaré á mi cámara de topacios y

desde la ventana verá todo mi reino, que está lleno de oro y de luz de sol...

PRINCESA SÉPTIMA

Desde mi cámara de rubíes le mostraré mis bosques de coral y el lago de sangre donde el sol se baña en sus ocasos...

PRINCESA TERCERA

Mi cámara de ópalos le gustará y desde allí podrá admirar mi desierto de nieve iluminado por una luna argentada.

PRINCESA CUARTA

En mi cámara de amatistas descansará y le haré ver las cumbres moradas de mis montes y el horizonte teñido de púrpura...

PRINCESA QUINTA

Visitará mi cámara de perlas y mi reino de nácares...

PRINCESA SEXTA

Y desde mi cámara de esmeraldas verá maravillas; todas mis tierras fértiles... bosques y praderas con palacios de ágatas...

PRINCESA SÉPTIMA

Bella es mi cámara de turquesas... y mi reino de zafiros posee el cielo más azul...

PRINCESA PRIMERA

Sembremos el camino de flores... todo el camino que él ha de recorrer...

Se interna en las avenidas de mirtos y cipreses, esparciendo sus flores por el suelo. Las demás princesas la siguen alegres.

TODAS

Sembremos su camino con todas nues-

tras flores... con todas nuestras flores... todo el camino que él ha de recorrer...

Piérdense en la espesura, como un torbellino de colores, de risas y de cantos alegres.

ESCENA II

La pastora YOLANDA y EL PEREGRINO ciego.

Salen por el lado del bosque, opuesto al castillo. Yolanda conduce de la mano al caminante, quien se apoya en un bordón, del que pende una calabaza.

YOLANDA

Dulcemente.

Un paso más, señor, y aquí podréis descansar... sobre esta piedra... sentáos...

EL PEREGRINO

Sentándose á la izquierda sobre un banco de cantería.

¿Dónde estamos?...

YOLANDA

Ante el castillo de la Reina Silencio... en la explanada; es un lugar muy bello, en medio del bosque...

EL PEREGRINO

¿El castillo de la Reina Silencio?... Nunca he oído ese nombre... ¿la conoces tú?... ¿Quién es la Reina Silencio?...

YOLANDA

No sé... no la he visto nunca... Todos la llaman así; todos hablan de ella, pero nadie la ha visto...

EL PEREGRINO

Nadie la ha visto... ¿es buena?... ¿es mala?... ¿qué hace?... ¿qué muestras da de su existencia en este sitio?... ¿es vuestra soberana?...

YOLANDA

Es la señora de este lugar, la dueña de estas tierras; todos los bosques, todos los montes, todos los valles que se extienden alrededor del castillo, en más de diez leguas, donde no hay ninguna aldea, ninguna casa, ni una cabaña... Sólo el castillo, en la cima del monte... Hemos andado más de diez leguas desde que el alba apuntó...

EL PEREGRINO

Estoy rendido. ¡Oh!... más de diez leguas y ni un pedazo de pan, ni una gota de agua...me muero de cansancio, me muero de hambre, de sed...

YOLANDA

Esperad... llamaré á esa puerta...

EL PEREGRINO

¿Qué puerta?

YOLANDA

La de la torre... es una puerta grande, forrada de hierro.

EL PEREGRINO

Llamarás en vano...

YOLANDA

Me parece oir el rumor de una fuente... Sí, alli brota un hilo de agua... dadme vuestra calabaza, iré á llenarla y podréis apagar la sed.

EL PEREGRINO

Desfalleciente.

Tómala, tómala... ¡Ah!...

YOLANDA

También veo árboles frutales... ¡Cuántos!... ¡Cuánta fruta en ellos y en el suelo esparcida!... Os traeré...

EL PEREGRINO

¡Sí, sí!...

Vase Yolanda presurosa hacia la fuente, oculta.

Bendita la tierra hospitalaria que otorga sus dones al forastero... ¿No saldrá de ese castillo alguna voz prohibitoria?

Una pausa.

YOLANDA

Vuelve ligera, con el semblante iluminado por una alegría infantil.

Aquí tenéis, señor peregrino, con qué acallar las voces de vuestro desconsuelo... bebed del agua pura y comed el fruto sazonado de las higueras y de los manzanos.

EL PEREGRINO

Bebe tú primero.

YOLANDA

Entregándole la calabaza.

Tomad... Yo he mojado mis labios en la fuente misma.

EL PEREGRINO

Después que ha bebido.

Agua de vida... Me sentía desfallecer y ahora parezco revivir.

YOLANDA

Ofreciéndole la fruta que trae en su mandil.

Tomad las frutas...

EL PEREGRINO

No, no, tómalas tú... Yo no deseo nada. Ese agua es prodigiosa, ha apagado mi sed y satisfizo mi hambre... Ya no siento nada... ni el cansancio... ¿Y tú?

YOLANDA

Lo mismo... estoy lo mismo que vos; el agua me ha confortado...

EL PEREGRINO

¿Seguimos, pues, la marcha?

YOLANDA

¿Tanta prisa tenéis, señor?... ¿No os da pena alejaros de aquí?... ¡Un lugar tan delicioso!

EL PEREGRINO

¡Es verdad!... La costumbre, mi buena niña... Yo he recorrido el mundo, y la experiencia de mis correrías me ha enseñado que no debe uno permanecer mucho tiempo en aquel punto donde ha sido un momento feliz... Es la felicidad un hada viajera é inquieta que abandona pronto el

lugar donde reposa un instante... Nosotros debemos anticiparnos á su marcha para esperarla en otro lugar lejano.

Una pausa.

YOLANDA

Debo preveniros que el sol desapareció ya, tras los montes... ¿No sería mejor que pasásemos aquí la noche?

EL PEREGRINO

¿La noche?... ¿Para mí que más da?... Yo tengo siempre la noche ante mis ojos... El sol mismo me parece negro...

YOLANDA

Resignada.

¿Queréis, pues, partir?

EL PEREGRINO

Quiero complacerte, mi buena Yolan-

da... Me quedaré, por ti, si ese es tu agrado... Hablaremos de nuestras vidas... ¿Quién eres tú, que á ser mi lazarillo te brindaste gustosa?... ¿Fué la piedad quien te movió á compadecerte de mi desventura?

YOLANDA

¡Oh, señor!... ¿Por qué me preguntáis?

EL PEREGRINO

¿Acaso conoces aquel viejo romance que dice así: «Y la zagala hermosa abandonó su hogar, sus padres, sus hermanos, para guiar al ciego peregrino que á su puerta llamó en demanda de un lazarillo piadoso... y juntos abandonaron la aldea y cruzaron valles y montañas, hasta llegar á un castillo donde las campanas tocaban alegres, como en un saludo de bienvenida, y una cabalgata magnífica salió de la torre

del homenaje para recibir al señor que llegaba, y el señor, que no era otro sino el ciego, abrió sus ojos á la comitiva y dijo presentando á sus vasallos la zagala: «Aquí tenéis á vuestra condesa... La he buscado entre las bellas de la tierra que supieron dar su amor á la caridad»?

YOLANDA

¡Qué bella historia!...

EL PEREGRINO

¿La ignorabas?

YOLANDA

Sí, á fe, mi buen señor.

EL PEREGRINO

Pues, bien, yo siento no poder ser otro conde como aquél, para darte igual recom-

pensa... Pero, ¡ay! mi bella Yolanda... por que tú serás bella, debes serlo... Yo no soy sino un ciego de veras... un pobre ciego nómada que no premiará tus bondades como el ciego del romance, porque mi castillo ha sido incendiado y talados todos mis dominios... De mis vasallos no me queda más que el recuerdo de su ingratitud.

YOLANDA

¿Pero vos sois un conde, por ventura?...

EL PEREGRINO

Mi corona pesaba más, mucho más...

YOLANDA

¿Un príncipe?...

EL PEREGRINO

Príncipes he tenido á mi mando y aun reyes me rindieron pleitesía...

YOLANDA

Admirada.

¡Oh!

EL PEREGRINO

Pero, no me mires como á tal... Yo no soy más que un pobre caminante que ni aun puede ver la senda que sigue... Estoy á merced de mi destino... á merced de una débil mano de mujer... á merced de tu corazón sencillo... Tú puedes sin esfuerzo, arrojarme en un abismo y destruir lo poco que queda de mi grandeza...

YOLANDA

¡Señor, no habléis así!

EL PEREGRINO

Soy un mendigo errabundo, y los hombres que pasan á mi lado están muy lejos de sospechar que tropiezan con un rey.

YOLANDA

¡Un rey, un rey!... ¿Por qué me lo habéis dicho, señor?...

EL PEREGRINO

¿Piensas, ahora, abandonarme?...

YOLANDA

¿Abandonaros?... ¡Oh! No digáis tal... Soy vuestra sierva, vuestra esclava...

EL PEREGRINO

Mi amiga sólo, mi fiel compañera...

YOLANDA

Sin ocultar su desconsuelo.

Vuestra esclava, seré vuestra esclava... ¡ya no puedo ser más que vuestra esclava!

EL PEREGRINO

¿Y antes, qué eras?

YOLANDA

¡Qué sé yo!...

EL PEREGRINO

¿No te he dicho que ya no tengo reino, que ya no soy rey?... Dame una prueba de tu lealtad y dime sinceramente: ¿Qué impulso te movió á ofrecerme el auxilio de tus ojos y el apoyo de tu mano, cuando ignorabas mi historia?... ¿Vacilas?...

Pausa.

YOLANDA

¿Cómo deciros?... ¿Cómo deciros?... ¡Oh, si yo hubiese sabido!...

EL PEREGRINO

¿No me hubieras acompañado?...

YOLANDA

No me hubiera atrevido á esperar... Pero no debo, no debo decirlo...

EL PEREGRINO

Con ansiedad.

Sí, sí... debes decirlo... dilo, dilo... yo te lo pido, debes hablar con sinceridad... ¡Ah, si yo pudiera leer en tus ojos la verdad!... Tus ojos no deben mentir... no deben saber mentir... pero yo no puedo verlos...

YOLANDA

¿Qué puede importaros, señor, lo que diga una pobre muchacha como yo?...

EL PEREGRINO

Tú no eres, ya, una pobre muchacha... Desde que has tenido en las tuyas mi

mano... esta mano que ha sostenido el cetro de un imperio, te has encumbrado sobre todas las princesas de la tierra... Ninguna de ellas tuvo jamás tan alta misión.

YOLANDA

¿Cómo no os han seguido?... ¿No teníais una hermana, una esposa?...

EL PEREGRINO

No sé, no sé... todo se ha borrado de mi memoria, menos el recuerdo de mi reino y de los rincones blancos de mi palacio, donde la luna velaba mis horas de felicidad... ¿Era mi esposa?... era una princesa, vestida de plata, que tenía celos de la luna... ¡Oh, los rincones blancos de mi cámara en las noches serenas... el rumor de las músicas lejanas!... El rostro de la princesa se ha borrado de mi mente...

Siempre que trato de evocarla se me aparece como la luna, blanca y velada.

YOLANDA

Yo he visto una vez á una princesa muerta... La llevaban en una urna de cristal... parecía dormida... parecía sonreir al cielo... parecía feliz en su sueño perdurable... ¡Oh! Era un cortejo bello y triste... Y los pajes sembraban á su paso el suelo de flores... Todos iban como agobiados por el peso de un remordimiento y lloraban en silencio la indiferencia de la princesa dormida... Ella parecía la única feliz. Hubiérase dicho, al verla así, que iba á un país lejano y conocido, donde tal vez la esperasen...

EL PEREGRINO

Todos caminamos en la vida así, hacia

un lugar presentido donde nos esperan...

Se oye dentro del castillo una voz pianísima que dice una canción triste.

YOLANDA

¿Oís, señor?...

EL PEREGRINO

Con emoción vivísima, como si despertasen en su alma añoranzas dormidas.

¡Ese canto!... ¡Esa voz!... ¿Es engaño de mi oído?... ¿Es ilusión de mis recuerdos? Diríase que es un canto de ultratumba... una voz olvidada... el eco de una voz que despierta en el silencio sagrado de un pasado muerto... ¡Esa voz, esa voz!... ¡Oh! Mis ojos ven... mis ojos ven como en otro tiempo, todo lo que en otro tiempo vivió y fué mío... Ahora estoy en mi cámara,

sobre los almohadones de mi rincón favorito, envuelto por la luz del astro amado y escuchando la voz de mi princesa perdida...

YOLANDA

¡Señor, señor! deliráis... huyamos de este lugar encantado...

EL PEREGRINO

¡Es su voz, es su voz!... ¿Quién coge mis manos?... ¿es ella quien coge mis manos?... viene á buscarme... Yolanda, Yolanda... Yo he dejado mi reino para seguirte... he recorrido el mundo para encontrarte... Mis ojos se han secado al desbordamiento de mi llanto incesante... haz que pueda verte... haz que mis ojos recuperen la luz perdida...

YOLANDA

¡Señor, señor!... deliráis... Yolanda soy yo, una pobre pastora...

EL PEREGRINO

Ella también se llamaba Yolanda... Y muchas veces solía trocar sus galas de princesa en traje de zagala, para jugar en el jardín... ¿Acaso tú eres ella misma vestida con ese disfraz humilde?... Una sensación extraña y dulce me conmovió al oirte hablar por vez primera. Tu voz despierta en mi alma como una canción olvidada que oímos en nuestros años infantiles...

YOLANDA

¡Oh! Vámonos de aquí, señor, vámonos... perderéis la razón si os obstináis en permanecer en este sitio...

EL PEREGRINO

¿Por qué quieres alejarme de aquí, cuando antes deseabas quedarte?...

YOLANDA

Porque tengo miedo de ese castillo tétrico... de ese misterio... de esa voz extraña que os conmueve y exalta hasta el delirio...

EL PEREGRINO

Di, más bien, que tienes miedo de descubrirte... ¡No lo niegues!... Tus palabras te delatan... Hablas, á tu pesar, el lenguaje de la dama que ha vivido en la Corte y recibió el homenaje de los nobles galantes... Hablas como ninguna pastora jamás se expresó... Sin duda, tu traje de campesina, como mi hábito de peregrino, ocultan regias galas... Di, ¿quién eres?...

YOLANDA

Os dejaré, os dejaré si persistís en preguntarme lo que no puedo deciros... lo que no debo deciros... Quien quiera que yo

sea, respetad mi silencio, os lo ruego, y escuchad en silencio al silencio mismo que es el lenguaje de las almas...

EL PEREGRINO

¡Oh, esas palabras, esas palabras... quien quiera que seas, eres una mujer que amó mucho, que ama mucho aún... Sólo cuando hemos amado podemos expresarnos así, con el misterio de los sentimientos velados... Pero no me dejes... no te alejes de mí... no me abandones... sin el apoyo de tu brazo no podria caminar, no podría vivir y caería en el abismo de mi fatalidad...

Pausa.

¡Dios mío, Dios mío!... Esa canción se ha extinguido como una luz que brillase un instante en las tinieblas del pasado, dejándonos ver una imagen querida... ¡Oh,

el silencio!... dijiste bien... nunca dos seres se han hablado tanto como en los momentos de silencio... De mi pasado he olvidado todas mis palabras y sólo recuerdo mis silencios...

Se oyen las voces de las siete princesas, que aparecen por las avenidas del fondo.

¿Qué voces son esas?... Diríase que la vida despierta en estas soledades...

YOLANDA

Son unas doncellas que vienen por el bosque; son siete, como siete flores vestidas con los colores del iris...

EL PEREGRINO

¿Vienen hacia aquí?

YOLANDA

Nos han visto y parecen admirarse de nuestra presencia.

EL PEREGRINO

Llámalas y pregúntales sus nombres.

YOLANDA

Agitando una mano, á las princesas.

¡Venid, venid!...

ESCENA III

EL PEREGRINO, YOLANDA y las SIETE PRINCESAS.

PRINCESA PRIMERA

Aproximándose tímidamente seguida de las otras seis.

¿Nos llamábais?

YOLANDA

¿Sois, por ventura, las moradoras de este castillo?

PRINCESA PRIMERA

Somos las hijas de la Reina Silencio... ¿Y vosotros?

YOLANDA

Ya lo veis... Sirvo de guía á un peregri-

no ciego que se ha extraviado en la selva... quisiéramos pasar aquí la noche... Continuaremos la marcha al nacer la aurora del nuevo día..

PRINCESA PRIMERA

¿Dónde vais á cobijaros?... Nuestra madre sale todas las noches á recorrer los bosques y puede hallaros... entonces ¡ay de vosotros!...

YOLANDA

Pediremos á vuestra madre hospitalidad...

PRINCESA SEGUNDA

Guardáos bien de hacerlo, si en algo estimáis vuestras vidas... Nuestra madre os hará encerrar en una tumba...

PRINCESA TERCERA

Antes os cegará...

PRINCESA CUARTA

Y os despojará de vuestras vestiduras.

PRINCESA QUINTA

Aspirará la sangre de vuestras venas...

PRINCESA SEXTA

Desgarrará vuestros cuerpos y arrancará á pedazos vuestra carne...

PRINCESA SÉPTIMA

Os dejará desnudos, como dos esqueletos, y después triturará vuestros huesos, esparciendo el polvo á los cuatro vientos...

YOLANDA

Aterrada.

¿Pero qué clase de monstruo es vuestra madre?

PRINCESA PRIMERA

No habléis de ella y temblad... Su vista sólo os dejaría sin vida.

EL PEREGRINO

¿Y cómo podéis vivir con monstruo semejante?

PRINCESA TERCERA

Porque somos sus hijas.

YOLANDA

Una madre así no debe respetar ni á sus propios hijos...

EL PEREGRINO

¿Cómo hijas de tal madre pueden vivir dichosas y confiadas?

PRINCESA QUINTA

Nuestra madre nos perdona porque servimos á su ambición con nuestra utilidad.

EL PEREGRINO

¿Cómo?...

YOLANDA

¿Es posible?

PRINCESA SÉPTIMA

Todas tenemos una misión que cumplir para sus designios.

YOLANDA

¿Una misión?

EL PEREGRINO

¿Cuál?

PRINCESA PRIMERA

La de atraer á sus víctimas... Yo voy á los caminos y les enseño mi oro y mis joyas... todas las riquezas engañosas que brillan á la luz, y las gentes me siguen alucinadas...

PRINCESA SEGUNDA

Yo me oculto en las encrucijadas y acecho el paso de los caminantes, á quienes robo después de hundirles mi puñal en el corazón...

PRINCESA TERCERA

Yo me tiendo, desnuda, en el césped, á la sombra de los árboles y al borde de los lagos, y con mi voz de sirena canto los misterios del amor vedado, y los hombres acuden á mí atraídos por la magia de mis hechizos y quedan dormidos entre mis brazos... No vuelven á despertar jamás...

PRINCESA CUARTA

Yo provoco entre ellos la discordia, prometiendo mis halagos al vencedor, que nunca goza de su victoria...

PRINCESA QUINTA

Yo les ofrezco manjares suculentos y

frutos exquisitos, á cambio de su vida...

PRINCESA SEXTA

Yo los pongo frente á frente, y mientras despojo á unos de todos sus bienes, colmo á los otros de dones, para que se odien y destruyan...

PRINCESA SÉPTIMA

Yo les doy á beber elixires enervantes que les privan de toda voluntad, haciéndoles caer indefensos en mis brazos implacables.

YOLANDA

¡Horror de horrores!... El espíritu del mal anida en vuestros corazones...

EL PEREGRINO

¿Es posible que tengáis conciencia de vuestros males, cuando tan altos los pregonáis?

PRINCESA PRIMERA

Nadie nos dice que sea bueno ó malo lo que hacemos... ¿qué sabemos nosotras del bien y del mal?... Obedecemos al impulso de una fuerza ignota, y no tenemos la facultad de razonar...

EL PEREGRINO

¿Pero, nunca, por instinto propio, sentís piedad de vuestras víctimas, ni consideráis todo el horror de vuestras abominaciones?

PRINCESA TERCERA

¡Oh! Las víctimas parecen tan felices al morir en nuestras manos, que sería crueldad borrar de sus labios la sonrisa postrera...

EL PEREGRINO

Compasivo.

¡Desdichadas princesas, que en vuestra juventud no conocéis el amor!...

PRINCESA QUINTA

El Amor es un príncipe hermoso, á quien esperamos con impaciencia.

PRINCESA SEGUNDA

Debe venir hoy, aquí, en busca de una ilusión perdida, pero nuestra madre no se la devolverá, y le permitirá, en cambio, elegir entre nosotras á la que más le plazca...

PRINCESA CUARTA

La elegida será feliz, con él, y redimida, tomando un nombre nuevo.

EL PEREGRINO

Si el Amor es todo bondad y todo abnegación, ¿cómo va á escoger entre vosotras?...

PRINCESA SÉPTIMA

Díjonos nuestra madre que el Amor es

todo egoísmo, y nosotras somos ricas, jóvenes y bellas...

EL PEREGRINO

El Amor es ciego y no verá vuestras riquezas, vuestra belleza y vuestra juventud... Oirá, sólo, en el silencio, los latidos de vuestro corazón, que él sabrá traducir en palabras...

Una pausa.

PRINCESA PRIMERA

Mirad la luna agigantando las sombras...

PRINCESA QUINTA

Los claros del bosque parecen, á lo lejos, fantasmas...

PRINCESA TERCERA

Diríase que una procesión de fantasmas recorre la selva...

PRINCESA SEGUNDA

Nada se mueve... ni las hojas, ni la misma luna, ni las sombras...

PRINCESA CUARTA

¡Es la hora!...

LAS OTRAS PRINCESAS

¡Es la hora!...

PRINCESA PRIMERA

¡Callad, callad!...

El silencio es altísimo.

ESCENA IV

Los mismos y la REINA SILENCIO

La sombra del castillo se extiende en la explanada, proyectada por la luz de la luna. A poco, el tañido lento y vibrante de un esquilón interrumpe el silencio breve. A la campanada séptima se abren como un desplegar de alas metálicas, las dos hojas de la puerta de la torre. En su interior, lleno de misterio, agítanse dos filas infinitas de luces débiles, entre las cuales avanza una sombra. La Reina Silencio aparece en el dintel y se detiene, escrutadora. De toda su figura espectral, cubierta por un amplio manto negro resaltan con extraña blancura, su faz pálida y sus manos

diáfanas como una cera mortuoria.

PRINCESA PRIMERA

Con voz apagada.

¡Huid, huid!... he ahí á nuestra madre que viene...

PRINCESA SEGUNDA

No perdáis un instante si queréis salvaros...

PRINCESA TERCERA

Si os ve estáis perdidos...

PRINCESA CUARTA

Si os movéis os verá y no habrá salvación para vosotros...

PRINCESA QUINTA

Cuanto más os ocultéis en la sombra, más pronto os divisará...

PRINCESA SEXTA

Cuanto mayor sea vuestro silencio, más pronto os sentirá...

PRINCESA SÉPTIMA

No hay remedio para vosotros... estáis perdidos...

LAS OTRAS PRINCESAS

¡Estáis perdidos!...

YOLANDA

¡Huyamos, señor, huyamos!...

EL PEREGRINO

Si vosotras ejercéis el mal y no hay un sentimiento de bondad en vuestras almas, ¿por qué os interesáis por nosotros?

PRINCESA PRIMERA

Porque habéis llegado hasta aquí y os

encontramos todas á la vez... La disputa de vuestra posesión destruiría la armonia que nos une y nos obligaría á volver nuestra ponzoña contra nosotras mismas, cayendo en vuestro poder... ¡Oh! El mortal que nos poseyera á todas, sería puro, del mismo modo que el color es blanco cuando concentra, en sí, los siete matices del iris...

YOLANDA

¡Huyamos, señor, huyamos!...

LAS SIETE PRINCESAS

¡Huid, huid!...

EL PEREGRINO

Huye tú sola... Yo no puedo ni quiero huir...

YOLANDA

¿No la teméis?

EL PEREGRINO

¡Oh, si pudiera verla!...

YOLANDA

¡No hay salvación, no hay salvación!...

Con el semblante ensombrecido de terror mira á la Reina que baja, solemne, las gradas de piedra. Tras una breve indecisión, la Reina Silencio avanza con paso rítmico y actitud hierática... Creeríasele al verla así, con la mirada fija en un mundo lejano, una muerta que sale de la tumba.

Las siete princesas forman hilera y se inclinan, sumisas, á su paso, ocultando sus rostros en los velos flotantes.

La pastora Yolanda y el peregrino permanecen inmóviles, como petrificados.

La Reina Silencio ha pasado, perdiéndose en la

obscuridad de la noche, entre los cipreses.

PRINCESA PRIMERA

Aproximándose á los forasteros, con voz queda.

¿Vivís?...

LAS OTRAS PRINCESAS

¿Vivís?...

El Peregrino yérguese en silencio y, apoyado en el hombro de Yolanda, avanza hacia el castillo.

TERMINA EL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO



Dos salas del castillo. En la primera, un ventanal, mirando hacia el Oriente, deja entrar la luz tenue del alba, y otro, al Occidente, permite huir á las sombras nocturnas. Próximo á este segundo ventanal, y sobre un estrado, se alza un trono, al pie del cual están las siete princesas, dormidas. Frente á éstas, en la zona de la luz naciente, vense al peregrino, dormitando en un alto sillón, y á la pastora Yolanda, á su lado, sentada en un escabel.

Tres puertas ojivales dividen las dos salas y muestran la otra estancia envuelta en la penumbra, y en cuyo fondo hay, entre columnas, dos galerías, á derecha é izquierda, rompiendo en los ángulos, y un balcón, en el centro, abierto ante el misterio de una noche perenne.

ESCENA PRIMERA

En la segunda estancia, saliendo de una de las galerías, aparece la Reina Silencio. Va, lentamente, hacia el balcón, donde se detiene un momento mirando las tinieblas, inclinada sobre el abismo.

Se oye una música, lejana como la luz de una estrella en el fondo de una cisterna. La Reina Silencio se aparta del barandal y viene hasta la puerta del centro, donde se detiene. Todo su aspecto revela un sufrimiento íntimo. Mira, un momento, á los forasteros, que parecen sumidos en un sueño tranquilo, y torna luego sus ojos hacia las princesas inmóviles. Hace ademán de avanzar hasta el trono, pero, en el mismo

instante, como al impulso de una idea súbita, retrocede y se aleja, con paso breve, casi abandonado, por la galería opuesta.

ESCENA II

EL PEREGRINO, YOLANDA y las SIETE PRINCESAS

EL PEREGRINO

Despertando sobresaltado, con voz apagada.

¿Yolanda, Yolanda!... ¿Dónde estás?...

YOLANDA

Aquí, señor, á vuestro lado.

EL PEREGRINO

¿Has oído una música?

YOLANDA

¡He oído, y he visto!...

EL PEREGRINO

¿Qué viste?...

YOLANDA

¡Oh, señor!... Todavía estoy aterrada... Hace un momento estaba aquí, fijando en nosotros sus ojos profundos como el misterio que nos rodea...

EL PEREGRINO

¿Quién?...

YOLANDA

¡Ella!...

EL PEREGRINO

¿Ella?...

YOLANDA

¡Oh!... Tiemblo al recordar... Su mirada caía sobre nosotros como una losa que nos separase de la vida... Su rostro tenía no sé qué expresión de dolor resignado... Creeríasela más desgraciada que cruel... Creeríasela una mujer que mirase hacia el

mundo de sus recuerdos y quisiese buscar en nuestros rostros algo querido y esperado con ansiedad...

EL PEREGRINO

¿Pero de quién hablas?... ¿Dónde estamos?... He perdido la noción de todo...

YOLANDA

Recordad... Estamos en el castillo de la Reina Silencio.

EL PEREGRINO

¿La Reina Silencio?... ¡Ah!...

YOLANDA

Era ella, ella, quien pasó por aquí hace un instante cual una sombra, arrastrando la cola negra de su manto, como una pena que no la abandonase... Por un momento

quiso hablar, quiso pronunciar un nombre que expiró en sus labios...

EL PEREGRINO

¿Por qué no me despertaste?... La hubiera interrogado...

YOLANDA

¡Oh, jamás!...

EL PEREGRINO

¿En qué parte del castillo estamos?

YOLANDA

En una sala donde hay un trono y dos ventanales, uno por el que entra la luz de la Aurora y otro por el que se alejan las sombras.

EL PEREGRINO

¿Y cómo nos han traído aquí?... Yo me quedé dormido en la explanada.

YOLANDA

Os he traído con ayuda de las siete princesas.

EL PEREGRINO

¿Y las princesas dónde están?

YOLANDA

Aquí mismo, frente á nosotros, durmiendo sobre las gradas del trono.

EL PEREGRINO

¡Pobres princesas, que no saben amar!...

YOLANDA

Si pudiéramos salir de aquí, ahora que amanece...

EL PEREGRINO

¿Para ir adónde?... Aquí hay algo que me atrae... Algo que me llama en el silen-

cio, como una voz amiga que susurrase á mi oído... ¿Dónde dirigiremos nuestros pasos, fuera de aquí, que pueda interesarnos?... Estos seres extraños que apenas conocemos, parecen, sin embargo, ligados á nuestro destino...

YOLANDA

Quedémonos, si os place... Yo no tengo más voluntad que la vuestra.

EL PEREGRINO

Tu bondad me conmueve.

YOLANDA

¿Pero no teméis á la Reina y á sus siete hijas despiadadas?...

EL PEREGRINO

Si las temiese no lo demostraría ni lo diría á mi propio corazón.

YOLANDA

Tenéis el valor que da el desconocimiento del peligro.

EL PEREGRINO

O el menosprecio de una vida en la que ya nada se puede esperar.

YOLANDA

¿Cómo, señor?... ¿No conserváis ningún afecto?... ¿Ni siquiera un recuerdo?...

EL PEREGRINO

Toda mi vida está llena de recuerdos...

YOLANDA

¿No sentís latir, junto al vuestro, un corazón amante y sumiso?...

EL PEREGRINO

Como si hablase para sí.

¡Tantas veces me he engañado!... ¡Sería tarde... demasiado tarde!...

YOLANDA

Infinitamente triste.

¡Adivino, adivino vuestro pensamiento! ¡Oh!, cuando os falte ese corazón... entonces sabréis... entonces comprenderéis...

EL PEREGRINO

Con lamento.

¡Ya me falta, ya me falta!... Tú no sabes... tú no sabes por qué ahora estoy aquí... lejos de mi reino y lejos de mí mismo...

YOLANDA

¡Hablad, hablad!...

EL PEREGRINO

Es una obsesión... una gran obsesión... Es todo el pasado que me persigue, después de abandonarme... Me sigue á distancia, volviendo á huir cuando yo me de-

tengo para esperarle... Es una procesión de imágenes queridas que me llaman con sus voces de otro tiempo y se desvanecen cuando me vuelvo á mirarlas... Es una visión amadísima que trae á mis ojos toda mi primera juventud de los años felices... Yo no puedo resignarme, no puedo resignarme á haber pasado por la vida como una luz que brillase un instante en la noche infinita sin dejar huella... ¡Oh, mis amores, mis amores!... Todos los sentimientos generosos de mi corazón inexperto... Las canciones amantes, á media voz, como de un alma á otra alma... Las confesiones entre suspiros y sollozos, con el acento conmovido por un sentimiento inexpresable... ¡Todos mis amores... todos los afectos de mi alma pura, de mi alma cándida... toda la ternura de mi alma rendida!... Mis manos han deshojado las ro-

sas de mis ensueños para esparcirlas sobre un ideal que me hacía feliz... ¡Y pensar que todo ha pasado... que todo se ha perdido... que todo ha muerto!... No, yo no puedo resignarme... no quiero resignarme...

YOLANDA

¡Pobre alma atormentada!...

EL PEREGRINO

¿Comprendes todo el dolor de mi espíritu, torturado al considerar la impotencia de mi esfuerzo?... Quisiera deshacer mis pasos y recorrer nuevamente el camino florido, bajo los rayos del sol... Quisiera volver á sumergirme en las aguas agitadas de las pasiones y sentir sobre todo mi cuerpo el largo beso de la vida... Pero cuanto más siento en mí el deseo vehemente del ayer perdido, más alejado me

veo de la zona del sol... Camino como por un desierto blanco, todo blanco, cuyo horizonte ilimitado se extiende ante mí como un enigma...

YOLANDA

¿Y no veis... no veis un solo punto de esperanza en esa blancura infinita?...

EL PEREGRINO

¿Crees, si no, que tendría ánimos para dar un paso más?... Vislumbro, en medio de esta aridez mortal, un punto luminoso que me atrae... Algo como la luz lejana de un mundo desconocido...

YOLANDA

Yo os seguiré hasta esa luz... Yo os guiaré hacia ella sin arrepentimiento, aunque luego no sea más que una quimera.

Una pausa.

EL PEREGRINO

Oigo la respiración tranquila de las siete durmientes...

YOLANDA

Todas sonríen... todas parecen vivir en un paraíso donde no existe lo prohibido... ¿Cómo se llamarán? No nos han dicho sus nombres... Nadie diría, al verlas así, tan bellas y felices, que tienen un corazón perverso...

EL PEREGRINO

¡Pobres princesas... pobres princesas!...

YOLANDA

¡Callad!... Despiertan...

Un silencio breve.

PRINCESA PRIMERA

Suavemente.

¡Hermanas, hermanas!

PRINCESA SEGUNDA

Sin enojo en su reproche.

¿Por qué me llamáis?... Habéis desvanecido mi sueño más hermoso...

PRINCESA TERCERA

¡Oh!, en lo más bello de mi sueño me despertáis...

PRINCESA CUARTA

Y á mí... Era feliz, como nunca, en este instante...

PRINCESA QUINTA

Yo hubiera preferido no volver á la vida...

PRINCESA SEXTA

¡Me hallaba tan lejos de aquí!... ¡tan lejos!... ¡Y era tan dichosa!...

PRINCESA SÉPTIMA

Ya nunca volveré á gozar ventura tanta... ¡Si supiérais!...

PRINCESA PRIMERA

¡Contad, contad!... Yo también puedo referiros algo...

PRINCESA SEGUNDA

Mi sueño es como una estrella en la noche de los tiempos.

PRINCESA QUINTA

Mi sueño es como una lámpara encendida en el templo de las tinieblas, donde se han erigido altares á todos los cultos...

PRINCESA SEXTA

¡Son tan bellas las historias de sueños!...

PRINCESA TERCERA

Mirad á nuestros huéspedes cómo duermen confiados, bajo la luz del Alba.

PRINCESA QUINTA

La faz del peregrino es bella y augusta como la faz de un rey de leyenda.

PRINCESA SÉPTIMA

Y la pastora parece una infanta disfrazada.

PRINCESA CUARTA

Diríase que el relámpago del dolor ha iluminado sus rostros en este instante...

PRINCESA PRIMERA

Dejad que descansen... Voy á contaros... pero no aquí, sino en el bosque...

PRINCESA SEGUNDA

Vamos al bosque...

PRINCESA TERCERA

¿Y la Reina, y la Reina?...

PRINCESA QUINTA

Su trono está vacío...

PRINCESA PRIMERA

Yo la he visto esta noche... no fué un sueño... La he visto llegar hasta nosotras y poner su mano sobre nuestros corazones... Su mano, fría, parecía la hoja de un puñal que paralizase la sangre en nuestras venas... Se alejó, y volvió después, y se fué, sin llegar hasta nosotras, por segunda vez... Luego la vi en sueños, y era como una serpiente cubierta de gemmas... Todas las piedras preciosas lucían sobre su cuerpo como una coraza irisada... y llevaba en su boca una manzana de oro...

PRINCESA SEGUNDA

A mí se me apareció, en sueños tam-

bién, y era como una nube negra que llevase en su seno un río que vertió sobre la tierra, inundándola...

PRINCESA TERCERA

Yo la he visto semejante á una torre inmensa que quisiera llegar al cielo; pero se rindió á su propio peso, sepultando la tierra bajo sus escombros...

PRINCESA CUARTA

En mi sueño era ella como el sol, á cuyo amparo vivían cinco ciudades libertinas, sobre las cuales, en un momento de ira, vertió todo su fuego...

PRINCESA QUINTA

Como una estatua gigante la vi, que fuese hecha de bronce y tuviese siete bocas abiertas en su vientre, encendido con fuego inextinguible... Era un monstruo vo-

raz é insaciable á quien los hombres sacrificaban hasta sus propios hijos...

PRINCESA SEXTA

Yo recuerdo vagamente... Era Ella, y estaba sobre un río de aguas amargas, en un puente, desde el cual increpaba á los que pasaban bajo sus arcos...

PRINCESA SÉPTIMA

Yo tuve la visión de su imagen desnuda... Estaba tendida sobre un lecho de hojas de rosas, y la hubiera creído muerta á no ser por la palpitación lenta de su pecho y la sonrisa leve que iluminaba su semblante... parecía dormir sin la preocupación de un despertar cercano... y con el deseo de prolongar su sueño infinitamente...

PRINCESA PRIMERA

Todas las noches pone su mano sobre

nuestro corazón y entonces es cuando la vemos en nuestros sueños...

PRINCESA CUARTA

¿Por qué pondrá su mano en nuestro corazón todas las noches?...

PRINCESA SEXTA

¿Por qué pondrá su mano en nuestro corazón?...

PRINCESA SEGUNDA

Yo no diría que es su mano, sino otro corazón que palpitase junto al nuestro...

PRINCESA QUINTA

Un corazón desconocido que dejase su sangre en el nuestro y recogiese nuestra sangre...

PRINCESA TERCERA

Todas las mañanas, al despertar, veo

en mi pecho una gota de sangre, y siento mi corazón dolorido...

PRINCESA SÉPTIMA

¿Una gota de sangre?... ¡Oh!... en nuestros pechos y en el suelo... Todo el camino, desde aquí hasta su cámara está salpicado de sangre...

PRINCESA PRIMERA

¿Y su cámara?... ¿No visteis su cámara?... Todos los tesoros del mundo... piedras preciosas... brocados... coronas de oro... variedad de joyas inestimables... todo ensangrentado, como si sobre todo ello hubieran sido exprimidos muchos corazones... He visto cálices llenos de sangre... y la he visto á Ella dormir, confiada, sobre todas estas riquezas...

PRINCESA SEGUNDA

Yo he visto su cámara, una vez, mien-

tras Ella vagaba por los bosques, y recuerdo, recuerdo... el oro y las joyas brillaban sobre grandes manchas rojas... También había flores marchitas...

PRINCESA TERCERA

¡Callad, callad!... ¡Oh, si Ella supiera!...

PRINCESA CUARTA

¡Si nos oyera en este instante!...

PRINCESA QUINTA

Me parece oir el silencio de sus pasos...

PRINCESA SEXTA

Es la respiración tranquila de los forasteros...

PRINCESA SÉPTIMA

Todavía duermen...

PRINCESA SEGUNDA

Despertémosles... Deben partir antes que la Reina llegue...

LAS OTRAS PRINCESAS

Deben partir...

PRINCESA PRIMERA

Dejad... dejadles... Mirad el sol iluminando la Vida... Vámonos á los caminos...

LAS OTRAS PRINCESAS

Vámonos á los caminos...

Puestas en pie se cogen de las manos, formando una guirnalda.

PRINCESA PRIMERA

Como si comenzase una tonadilla.

Acaso haya llegado... el príncipe esperado...

LAS OTRAS PRINCESAS

Acaso haya llegado... el príncipe esperado...

Vanse alegres, hasta desaparecer en la galería de la derecha, donde se extinguen los últimos ecos de su cantinela.

ESCENA III

EL PEREGRINO y YOLANDA

EL PEREGRINO

Yolanda...

YOLANDA

¿Señor?...

EL PEREGRINO

¿Se han ido?

YOLANDA

Sí, señor...

EL PEREGRINO

¿Estamos, pues, solos?

YOLANDA

No sé, no sé decíroslo fijamente... Más

allá de la luz que nos envuelve, sólo veo sombras...

EL PEREGRINO

Tengo sed y la calabaza está vacía...

YOLANDA

Bajaré al jardín... desde esa ventana se ve la fuente...

EL PEREGRINO

¿Conoces el camino?

YOLANDA

He visto partir á las princesas por una galería sin luz... buscaré la salida...

EL PEREGRINO

Condúceme á la ventana... quiero que me hables desde el jardín...

YOLANDA

Llevándole al ventanal ae la luz.

¡Venid... ¡Oh!... Si pudiérais contemplar el paisaje... jamás he visto nada más bello... Bajo la mirada del sol todo despierta con nueva vida... El rocío ha enjoyado las flores que parecen cubiertas de diamantes...

EL PEREGRINO

Nada veo, nada veo... Sólo percibo un clamor perdido... Algo como los gemidos de una multitud angustiada... ¿Oyes?...

YOLANDA

Oigo ese rumor, pero no sé decir de dónde viene... ¿Acaso del otro ventanal?... ¿O del balcón del fondo?... Ambos están abiertos sobre la obscuridad... Diríase que

no miran hacia los mundos distantes, sino hacia las cavernas...

EL PEREGRINO

Es por aquí, por este ventanal... mira bien, ¿no ves nada en lontananza?...

YOLANDA

Tendiendo la mirada sobre los árboles, más allá de la linde del bosque.

Sí, sí... allá lejos, fuera del recinto de la algaba, en los límites de la tierra árida... veo una multitud que avanza, clamorosa... ¿Qué será... ¿A qué vendrán?... No puedo distinguir si sus voces son alegres ó plañideras...

EL PEREGRINO

Son lamentos, son lamentos... como cuando se llora algo terrible é irreparable...

YOLANDA

¡Huyamos de aquí, señor... presiento que algo muy malo se acerca!...

EL PEREGRINO

¡Tengo sed... me muero de sed!...

YOLANDA

¡Huyamos, señor!...

EL PEREGRINO

¡Me muero de sed!...

YOLANDA

Esperadme, esperadme...

Recoge del suelo la calabaza y parte, resuelta, por la galería de la derecha.

ESCENA IV

EL PEREGRINO

¿A qué vendrán?... ¿A qué vendrán?...

Pausa. En medio del silencio nace un rumor confuso y vago, semejante al del mal lejano. De pronto, en el fondo de la galería indicada, se oye un grito de espanto, y, á poco, la voz desgarrada de Yolanda, que dice:

¡Señor, señor!... ¡Venid!... ¡Señor, señor!

EL PEREGRINO

Volviéndose, al oirla, y quedando paralizado por la emoción.

¡Yolanda, Yolanda!...

La voz de YOLANDA, *ahogadamente.*

¡Señor, señor!...

EL PEREGRINO

Con desesperación ante su impotencia.

¿Dónde estás?... ¡No veo, no veo!... ¡No veo!...

Tanteando, da algunos pasos vacilantes, pero se detiene nuevamente, en la imposibilidad de hallar el camino.

¡No veo!... ¡No veo!...

ESCENA V

EL PEREGRINO y LA REINA

La Reina Silencio sale de la galería, con paso rápido, y viene hasta la ventana del sol, ante la cual permanece un instante con la mirada fija en el horizonte, bajo la sombra de su mano. En su rostro esfíngico no se revela ninguna emoción; luego entorna las hojas del ventanal, quedando la estancia sumida en la penumbra.

EL PEREGRINO

¡Yolanda, Yolanda!...

LA REINA

Con voz apagada.

¡Calla!...

EL PEREGRINO

Estremeciéndose.

¿Quién eres?...

LA REINA

Tomándole una mano para conducirle.

Ven...

EL PEREGRINO

¿Quién eres, quién eres?... No puedo verte...

LA REINA

Sígueme y me verás...

EL PEREGRINO

Soy ciego...

LA REINA

Me verás á pesar de todo... sígueme...

EL PEREGRINO

¡Esa voz, esa voz!... ¡Oh!... dime quién eres...

LA REINA

Llevándole suavemente.

Ven...

Avanzan en la sombra hasta perderse á la vista. En tanto, fuera, el esquilón de la torre rompe el silencio con su tañido agudo, en un lúgubre toque de agonía.

TERMINA EL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO



Cripta del castillo. Al fondo, una escalera de mármol da acceso á una gran puerta, abierta sobre un fondo de luz argéntea. De izquierda y derecha parten varias galerías, divididas por pilastras de basalto. La luz del fondo destaca en la obscuridad de la estancia, como una ventana que mirase al día desde las tinieblas de la tierra profunda.

ESCENA PRIMERA

LA REINA y EL PEREGRINO

EL PEREGRINO

Desde el fondo de las galerías se oye su voz como un eco triste:

¡Yolanda, Yolanda!...

Una pausa.

¡Yolanda, Yolanda!...

La Reina Silencio sale por la última galería de la derecha; lentamente, pausadamente, avanza hasta el centro de la cripta, donde se detiene, esperando. A poco, por el lado opuesto de la galería central, aparece el Peregrino, sin el hábito, en traje principesco, quien al verla, exclama con voz rota:

¡Oh!... ¡Vos, vos!...

LA REINA

¿Viste?...

EL PEREGRINO

¿Pero, quién sois vos, que tenéis potestad para llevarme más allá de la vida?... ¿Quién sois, quién sois?...

LA REINA

¿Viste?...

EL PEREGRINO

Estremeciéndose al recuerdo.

Vi, vi... y veo aún, veo aún... Pero, ¿no es esta una aparición cruel... un engaño cruel... una ilusión monstruosa?... ¡Oh! Era Ella, Ella... toda mi vida pasada... toda mi pasión vehemente de los años felices... Era Ella, mi amada, la de los rinco-

nes blancos de mi cámara en las noches venturosas que ya no veré más, que no viviré más...

LA REINA

Es verdad, todo lo que viste es verdad... todo lo que ves es verdad... y yo misma, y mi voz nacida en el misterio...

EL PEREGRINO

Obsesionado por la visión reciente.

Estaba en su urna de cristal, lo mismo que el día que la llevaron de mi reino... y sus galas eran las que le habían puesto las doncellas para la partida... Y tenía sobre sí todas las flores y todas las joyas con que yo la había cubierto al despedirla... parecía dormir... parecía respirar, levemente, bajo los brocados... Parecía que, de un momento á otro, iba á mostrarme el cielo de sus pupilas tan puras y la

dulzura de su sonrisa, que era su primer saludo de otros tiempos, al despertar... y yo la contemplaba fuera de mí mismo, como en una región extraña á donde hubiera sido llevado en sueños... La miraba al través del cristal inmaculado como á través de un muro que nos separase fatalmente, cual si entre nosotros existiese la frontera de dos mundos... Y, sin darme cuenta, mi voz salió de mí, interrogadora; sin que yo pudiera sujetarla, ahogarla, destrozarla entre mis dientes... mi voz profanó el silencio y deshizo el encanto, empañando el cristal que se cubrió con mi aliento, pareciendo, entonces, que una nube la ocultaba á mi vista...

LA REINA

Con emoción que, en vano, se esfuerza por velar.

¡Oh!... ¿Por qué hablaste?... Yo te he ad-

vertido que no pronunciaras una sola palabra... ¿Por qué hablaste?... El silencio tiene un poder mágico de expresión, que no tiene la voz, cuando en él se envuelven los sentimientos más altos...

EL PEREGRINO

¡Y no fué eso solo!... He querido abrir la urna... he querido libertarla de aquella prisión, infrangible, en medio de su fragilidad, y forcé la tapa y toda la caja retembló al esfuerzo de mis manos... ¡Oh!, entonces... ¿cómo decíroslo?... ¡es tan inexpresable!... Vi deshacerse todo su cuerpo, bajo la sacudida violenta de mi desesperación... Aquel cuerpo querido, que parecía animado por un soplo de vida, quedó como sepulto bajo las telas, bajo las flores, bajo las joyas, en un montón de harapos, de piedras y cenizas... Todo se

convirtió en un montón de oro... todo el oro que la cubría...

LA REINA

¡Oh!. ciego á quien he devuelto la vista, para que mirase, un instante, todo lo que el tiempo ha borrado en su vida.... ¡Pobre ciego, insensato ciego que pudo ver lo que está reservado á los dioses y no supo respetarlo... ¿Qué hiciste, qué hiciste?...

EL PEREGRINO

Escuchad, todavía, escuchad... Después de esto, después de tan tremenda visión, pude contemplar, allí mismo, mi imagen reflejada en una lámina de plata... Era la primera vez que volvía á verme después de tantos años... tantos, que ya el recuerdo de mi imagen era un recuerdo vago, confuso, como el recuerdo de los seres

queridos que hemos perdido hace tiempo... Yo conservaba de mi rostro la idea de una belleza juvenil, de una juventud floreciente, y frente á mí, en el bruñido metal, aparecía una faz distinta, una faz decrépita, como velada por una gran sombra de tristeza y sufrimiento...

LA REINA

¡Los años pasan, sobre los rostros, implacables!...

EL PEREGRINO

Yo no soy ya para mí mismo más que un extraño... ¿Dónde está el que fué como mi compañero constante?... ¿el que he recordado siempre como una encarnación perfecta de la vida en todo su esplendor?... ¿Desde cuándo he dejado de seguirme y me alejé de mí mismo?...

LA REINA

El tiempo es implacable...

EL PEREGRINO

Decidme que todo fué un sueño... un sueño que aún perdura y bajo cuya influencia estoy. ¿Cuánto tiempo hace que permanezco aquí?... Todo lo que veo y no veo... todo lo que me rodea y no reconozco y no comprendo: ¿qué es?... ¿Quién sois vos misma?... ¿Quién sois y por qué me quitásteis de los ojos una venda para ponerme otra más obscura? ¡Hablad, hablad!... Vuestro silencio nada me explica...

LA REINA

¡Oh! ¡Calla, calla!...

EL PEREGRINO

¿Por qué, por qué?... Yo os suplico que habléis... Quiero desgarrar el misterio que

me envuelve... quiero ver la luz del día, la luz de la vida...

LA REINA

¡Calla!...

EL PEREGRINO

Quiero leer en vuestro rostro la verdad... toda la verdad que no queréis revelarme... ¿Por qué veláis vuestro rostro y no dejáis traslucir en él los secretos de vuestra alma?... ¡Oh!... ¿Seréis, en verdad, ese monstruo que dicen, cuya sed de sangre no se sacia nunca?...

LA REINA

¡Calla, calla!...

EL PEREGRINO

Vuestras hijas, ¿sabéis?, vuestras mismas hijas lo pregonan á todos los vientos, en todos los caminos... Ellas, como vos, son exterminadoras, insaciables...

LA REINA

¡Calla!... ¿Por qué me acusas sin conocerme?...

EL PEREGRINO

¿Quién sois, pues, quién sois?...

LA REINA

Ven á la luz y mírame.

Avanza hasta la escalera que sube lentamente, y llega á la zona de luz donde se descubre, soltando á su espalda el manto negro, que pende de sus hombros sujeto por un cordón de oro, y apareciendo cubierta de brocados, semejante á una reina bíblica.

¡Mírame!

EL PEREGRINO

Con grito de sorpresa, contenido por la emoción suprema.

¡Oh!...

Retrocede unos pasos, tambaleándose. Ella baja un escalón, con las manos tendidas sobre la sombra.

LA REINA

¡No huyas, no huyas!...

EL PEREGRINO

¡Sois un fantasma... su fantasma!...

LA REINA

¿Y mi voz, y mi voz?...

EL PEREGRINO

¡No es posible! ¡No es posible!...

LA REINA

¡Ven!...

EL PEREGRINO

Es una farsa cruel... la más cruel de las

mentiras... Sois un monstruo de perversidad...

LA REINA

Con dulzura, intentando llegar hasta su corazón.

¡Tengo sed, tengo sed... y tus palabras son como el agua del mar!... ¡Oh, si pudieras leer en mi alma.... Yo te hablaré del pasado, y mi voz llegará á ti como un canto de juventud... Yo te llamaré por tu nombre, y acaso este nombre, dicho por mi voz, encuentre eco en tu corazón...

EL PEREGRINO

Conmovido por esta voz conocida y amada

¿Eres Ella... Ella?...

En su acento vibra una gran ternura.

LA REINA

Te he esperado paciente, con el con-

vencimiento de que vendrías... Todos vienen... todos llegan á una hora determinada, para esperar ó para ser recibidos... y todos los días, en peregrinación constante, desde que sale el sol, llegan los *emigrados* y aguardan la noche para entrar en el recinto del Silencio... Y ayer fué un asceta atormentado... Un pecador envilecido... un amante olvidado... Un rey á quien el peso de su corona había dejado un surco sangriento en la frente... Todos vienen aquí... todos pasan aquí la noche de reposo, para luego emprender la marcha... Otra vez la marcha, pero sin ser ya lo que han sido y sin saber lo que serán... Porque yo, durante su sueño, les cambio el corazón y borro de su mente los recuerdos... Todo su pasado queda hundido en la nada, de modo que al despertar no se reconocen, no recuerdan su vida, y parten tranquilos, confiados y felices...

Mientras hablaba ha retrocedido un paso hasta quedar, otra vez, en lo alto de la escalera cubierta por la luz. Su rostro fué desfigurándose gradualmente hasta adquirir una lividez mortal, apareciendo ahora con las facciones descompuestas, las mejillas hundidas y las pupilas dilatadas, semejante á un cadáver. Sus manos descarnadas caen rígidas sobre la túnica bordada de oro y plata y guarnecida de joyas, que brillan con extraños fulgores.

EL PEREGRINO

Con actitud demente, ante esta transfiguración horrible, se pasa los manos por el rostro, para ahuyeutar la visión.

¡Oh!... Espantoso!... ¡espantoso!...

Una pausa.

¿Quién eres?... ¿Por qué te complaces en torturarme?... Hace un instante Ella estaba en ti, con toda su belleza... Eras como la esencia de la Vida... como su imagen más perfecta... Y ahora, ¡oh!... la muerte se refleja en tu rostro con toda su desnudez.

LA REINA

Soy la que lloras; ¿qué amabas, pues, en mí si al verme así me desdeñas?...

EL PEREGRINO

¡No, no!... Tú no eres la que busco, porque *esa* no espera á nadie más que á mí...

LA REINA

Esa te aguarda en su lecho de cenizas... Ve á buscarla de donde vienes desesperanzado y verás sus ojos como dos cuevas gemelas, llenas de misterio, pero sus

ojos no te mirarán... Verás su boca contraída por una mueca siniestra, pero su boca no te sonreirá... Sus mejillas descarnadas y su cabeza calva te horrorizarán más que yo misma...

EL PEREGRINO

Con voz que expresa una angustia contenida.

¡Dejadme partir, dejadme!...

LA REINA

Esta noche no... Debes quedarte... Eres mi huésped por esta noche...

EL PEREGRINO

¡Oh, dejadme, dejadme!...

LA REINA

Todos se quedan aquí una noche y tú no partirás...

EL PEREGRINO

¡Es horrible, es horrible!...

LA REINA

Con amargo reproche y exaltación creciente.

Eres igual que los demás... igual á todos... ¿Cómo buscar un poco de piedad en vuestros corazones egoístas, incapaces de todo sacrificio, de toda abnegación, de todo amor?... ¡Si yo no hubiera devuelto la luz á tus ojos!... ¿Quién me amará como yo deseo?... ¿Quién me abrirá su alma?... ¡Es mi alma la que quiere ser recibida!... Pero nadie lo comprende y sólo miran la miseria de mi desnudez, esta desnudez marchita, que ni los brocados ni las joyas pueden ocultar... Todos me rechazan, todos... Aun aquellos que vienen tan despojados como yo... ¿Qué eres tú mismo, po-

bre rey sin reino, á quien el peso de la corona hundió la frente?... Tu frente está llena de úlceras... tantas llagas la cubren hoy como gemmas la adornaron en otro tiempo... ¿Qué queda, en ti, de toda tu juventud?... Tus súbditos no te reconocerían ya, y aquellos que gozaron de tu privanza, serían los primeros en alejarse ahora de ti como de un paria... Eres un paria, eres un apestado á quien la vida rechaza... Si volvieras á tu reino, hasta las víboras huirían de ti... ¡Paria, paria!...

EL PEREGRINO

¡Callad, callad!... ¡Callad!...

LA REINA

¡Paria, paria!... Nadie se acercará ya á ti... Los que te amaron, si algún amor inspiraste, te llorarán de lejos, pero nunca más volverás á verlos... ¡Nunca más, nun-

ca más!... Ningunos brazos surgirán en la sombra para recibirte, más que los míos; y en ellos tendrás que refugiarte.

EL PEREGRINO

Hace poco tenía, á mi lado, á quien podía desmentir tus palabras... Era una pastora que me condujo hasta este castillo, con todo amor y toda abnegación... ¿Dónde está?... ¿Por qué me la habéis arrebatado?...

LA REINA

Esa es la octava de las princesas, que se finge bondad y se llama unas veces Fe; otras veces Duda, y otras Hipocresía... Ella, como sus hermanas, sale al paso de los caminantes y les habla con dulzura, con mansedumbre, recordándoles un nombre amado, un pasado grato... todo cuanto pueda halagarles... Se ampara siempre en

los bellos mitos y les narra historias inventadas por su fantasía, para distraerles y cautivarles, á fin de conducirles aquí, donde los abandona, después de arrancarles un secreto, ó despojarles de alguna prenda valiosa... Y tiene tal arte para disfrazarse y fingir, que ni sus mismas hermanas la reconocen...

EL PEREGRINO

¡Oh!... ¡Esta decepción es más amarga que todas; es la pérdida de mi última esperanza!... ¡Era una bella mentira!... ¡Era una bella mentira!...

LA REINA

¡Cuántos, como tú, han sentido la presión de su mano conductora y la ternura de su voz engañosa!... ¡Cuántos han llorado, por su culpa, la pérdida de una ilusión postrera!...

EL PEREGRINO

¡Y es hija vuestra, como las otras... Más perversa que todas!...

LA REINA

No es hija mía, y las otras tampoco lo son, sino mis siervas, mis esclavas... Todas reniegan de mí y me calumnian porque las domino y humillo, pero me acatan, y he de menester aparecer cruel á sus ojos para imponerles mi voluntad...

EL PEREGRINO

¡Ah!... empiezo á comprender... No quisiera haber visto nada... Volvedme á las sombras... devolvedme las tinieblas que disipasteis de mis ojos... todo es preferible á ver la fealdad que me rodea y mi propia fealdad... En mi ceguera aún vivía feliz porque me creaba un mundo imagi-

nario, á semejanza de mis deseos y de mis ensueños... Te hubiera amado á ti misma de haberte conocido sólo por el encanto de tu voz... pero me has mostrado lo que no debí ver nunca... ¡Nunca!...

LA REINA

Mírame de nuevo y verás renacer en mi rostro la Vida... La Noche y el Día pasan sobre mí, continuamente; el Dolor y la alegría se suceden en mí y el Odio y el Amor se relevan... Ahora me verás como si la Primavera me adornase con su sonrisa... Me verás como á la imagen de tus sueños, de tus recuerdos, de tu obsesión...

Otra vez su rostro se transforma, cubriéndose de una belleza nueva.

EL PEREGRINO

Anhelante.

¡Oh!... ¡Siempre así, siempre así!... Quiero verte así siempre!...

LA REINA

Se ha desvanecido de mi rostro la sombra fatídica que lo cubría... pero por poco tiempo... Muy pronto volveré á vestirme con mi fealdad.

EL PEREGRINO

¡Así siempre!... ¡Así siempre!...

LA REINA

Ahora eres tú el que está cubierto de lepra... La lepra es ahora tu púrpura...

EL PEREGRINO

¡No me rechaces!... No te alejes... Ya no tengo á nadie más que á ti... ¡Ten piedad, ten piedad!...

LA REINA

¡Piedad, piedad!... Ese nombre encuentra eco en mi corazón... Sólo en mi corazón hay piedad... Una gran piedad que todo lo ampara, lo iguala, lo perdona, lo olvida y lo purifica... Me llaman la Reina Silencio, porque en mi reino piadoso es donde callan todas las angustias... donde las penas encuentran reposo... donde duermen las pasiones su sueño tranquilo... Yo velo en la noche perenne á los que á mí se confían, y ante los muros de mi recinto se estrellan todas las persecuciones, todas las ambiciones, todos los egoísmos... Todo, desde la más baja á la más alta pasión... Y hoy es un asceta atormentado, un pecador envilecido, un amante olvidado, un poeta sin ideal, y un rey que ha visto rodar á sus pies el cetro y la corona ensangrentados... Todos llegan á mí como pa-

rias, porque los han abandonado; como nómadas, porque vivieron errantes; como leprosos, porque están desnudos hasta de su carne... Y yo los acojo, piadosamente, como una amante leal y eterna... ¿Qué amante viste jamás tan abnegada?

EL PEREGRINO

¡Os comprendo, comprendo!... Y hasta diría que conozco vuestra historia...

LA REINA

¿Mi historia?... Nadie la conoce... ni yo misma... Soy la hija de un rey inmortal que vió nacer el Mundo... Cuando yo nací murió el primer hombre... Desde entonces he conocido la piedad... Yo era una princesa orgullosa... Una princesa á quien las fieras lamían las manos... He desdeñado á reyes, á profetas, á sabios y á conquistadores... Una vez salí de mi castillo y me

interné en el bosque... La noche iba delante de mí para cerrar los ojos á todas las cosas... porque á todos estaba prohibido mirarme, y hasta á las mismas estrellas, á quienes las nubes ocultaban... Iba por lo más obscuro de la selva, cuando oí una voz plañidera que decía: «Princesa, princesa, princesita... ¿A dónde caminas? Apártate de mí, que soy un apestado...» Entonces yo quise ver al que así me hablaba y pedí á las luciérnagas su luz, porque la luna estaba muy distante y había muchas hojas sobre nosotros... Y las luciérnagas nos rodearon y pude ver al gimiente, cuyo cuerpo era una llaga viva... «¡Oh!, le dije, ¿cómo estás aquí, así?...» Y él me refirió una historia triste, una historia cruel... Los hombres lo habían abandonado... Era un desventurado que no había conocido la piedad ni el Amor... Y

se abrasaba en una llama de deseo irrealizable... «¿Quién se compadecerá de mí, decía entre sollozos, y querrá echar sobre mi cuerpo un puñado de tierra para cubrir la miseria que me roe?... Princesa, princesa, princesita... ¿no te da horror mi podredumbre?...» Yo le miré desde mi altura, después de contemplarme á mí misma, y quedé humillada, confundida, al ver que había en el mundo algo más grande, más fuerte, más poderoso que yo... Aquel leproso no era un hombre, era un dios... porque sólo un dios podía vivir en tal estado... Y le amé y le dí mi belleza sin igual á cambio de su fealdad incomparable, y lo cubrí con mi manto y lo cobijé en mi castillo, en mi propia cámara, y lo hice mi esposo, el preferido entre todos, porque ni los guerreros, ni los sabios, ni los reyes, ni los profetas valían tanto como El...

EL PEREGRINO

¡No hables así, no hables así!...

LA REINA

Indicando un lugar invisible.

Mira al fondo de esa galería... ¿No ves allá fuera, la noche constelada?...

EL PEREGRINO

Veo unos puntos de luz insignificantes...

LA REINA

Son los mundos perdidos... Y si vistos desde aquí parecen á los hombres insignificantes, ¿qué parecerán los hombres mirados desde ellos?... ¿Se distinguiría desde el más cercano á un rey de un mendigo?... Yo miro á los hombres desde los mundos lejanos y sólo hay un lenguaje que pueda llegar hasta mí, el del sufrimiento.

EL PEREGRINO

Tu voz es una música extraña... un conjunto de armonías desconocidas... Tus palabras caen sobre mi corazón como un bálsamo prodigioso...

LA REINA

No distingo á un rey de un mendigo, porque, cuando llegan á mí, todos son iguales en su desnudez... Y los he visto siempre ante el trono de mi Padre, el cual los considera á todos por igual y les da sus parabienes... Porque mi Padre es el Autor de esa tragedia que los hombres representan desde el principio de la Vida, y los mundos presencian inmutables... y cuando los actores terminan su papel, mi Padre los elogia, según sus méritos, y á este le dice: «¡Admirable!... Has sabido llevar con majestad la diadema... Supiste

hacer un gesto digno al morir...» Y al otro, y á los otros: «¡Bravo, héroes, bien: Soberbios y humildes... Avaros y generosos... Castos y pecadores... pacientes y rebeldes... abstinentes é insaciables... envidiosos y compasivos... perezosos y diligentes... Todos habéis estado en vuestro papel... los que interpretásteis el Bien y el Mal, el Odio y el Amor... Para todos mis alabanzas...»

EL PEREGRINO

¿Y yo he de ver á vuestro Padre?...

LA REINA

Como todos... después de esta noche...

EL PEREGRINO

¿Y cuál es su nombre?...

LA REINA

Nadie lo sabe, porque cada uno le lla-

ma á su manera... Mi Padre es el *Autor*... el Autor de la Tragedia humana... Los Astros son los únicos que conocen su nombre...

EL PEREGRINO

Tus palabras son un enigma... Hay en ti un gran misterio que me atrae... Siento que empiezo á amarte... que un amor nuevo pesa sobre mí hasta hacerme recordar sin pena y sin deseo todo cuanto amé y perdí para siempre... ¿Es que se acerca la hora del olvido?...

La Reina Silencio baja á la estancia, como un espectro que se deslizase sobre sombras...

¡Oh!... Ven, ven... pero que te vea con esa belleza que te ilumina... Quiero verte así, siempre así...

Tomándole, con pasión, las manos, que ella le abandona.

Tus manos, tus bellas manos... estas breves manos que la luz agiganta en la sombra hasta hacerlas capaces de alcanzar todo, de abarcar todo, de soportarlo todo... Permíteme besarlas...

Besándola las manos.

¡Oh! Tus manos están frías... ¡Tus manos tan blancas!... Y mis labios se apagan en la nieve que las cubre... Acaso todo el fuego esté en tu frente... Deja que mis labios escondan sus besos entre tus cabellos...

La besa en los cabellos.

Tus cabellos no son de fuego... parecen de oro y están fríos, en medio de su brillo. Tal vez el fuego se oculte en tus ojos, como una luz inextinta... Deja que mis labios sientan el calor de esa llama que brilla en el fondo de tus ojos... déjame besarlos...

Besándola en los ojos.

¡Qué fríos están!... Bajo la sombra de tus párpados son tus ojos como lagos privados de la caricia del sol... Tu boca guardará, sin duda, el fuego que ansío... Quiero sentir sobre mis labios el beso de tu aliento cálido... quiero besar tus labios...

Imprime en la boca hermética de la Reina, rígida como una estatua, un beso largo.

¡Oh!... ¡Qué frío, qué frío!... ¡Qué frío!...

Todo su cuerpo está sacudido por un temblor febril. Retrocede unos pasos, inseguramente, extendiendo las manos en el vacío, en busca de un sostén que no encuentra, y cae, desplomado, al pie de la escalinata.

LA REINA

Inclinando hacia él su rostro conmutable.

¡Me ha besado!... ¡Me ha besado!...

ESCENA ÚLTIMA

En medio del silencio altísimo se oye una música doliente. En la escalera, bajo la luz, aparecen las siete princesas. La primera trae en una mano una diadema imperial, y, en la otra una lámpara de plata, semejante á un incensario. Las demás princesas vienen con flores y atributos de realeza. Bajan, con lentitud, los peldaños, quedando en ellos las seis, en dos hileras, y adelantándose sólo la primera princesa.

LA REINA

¿A qué venís?...

PRINCESA PRIMERA

¡Oh, señora!... No hemos hallado al

príncipe... Sólo encontramos en el camino vestigios de su paso, y aquí te los traemos... Esta es su corona... una corona de oro... Mucho oro para una frente...

LA REINA

A las otras princesas.

¿Y vosotras?

PRINCESA SEGUNDA

Yo te traigo su cetro, de oro también... No creía que un cetro pesara tanto...

PRINCESA TERCERA

Yo he recogido su espada... la empuñadura es de oro, y la hoja, del más templado acero, está ensangrentada; pero pude limpiarla...

PRINCESA CUARTA

Yo tropecé con su coraza, que es de

metal cincelado, y tiene en su centro un sol de oro... está rota por el lado izquierdo...

PRINCESA QUINTA

Yo te entrego su escarcela llena de oro... la escarcela de un rey...

PRINCESA SEXTA

Yo encontré su anillo de armas...

PRINCESA SÉPTIMA

Yo he hallado su copa de oro... en ella bebía el agua y la embriaguez... Tiene en su fondo una mancha negra, como la huella de un veneno...

PRINCESA PRIMERA

También te traemos guirnaldas de flores...

LA REINA

Dádmelas... Sólo las flores... Esas joyas

no nos pertenecen... He aquí á su dueño... el príncipe que buscáis...

LAS SIETE PRINCESAS

Dirigen hacia el peregrino sus miradas ávidas y exclaman, con sorpresa, al reconocerle:

¡Ah!...

LA REINA

Ceñidle la corona, la espada y la coraza... poned en sus manos el cetro y la sortija... recoged su sangre en ese cáliz y esparcid el oro... Después conducidle á mi cámara, por esta noche... por esta sola noche...

En actitud soberana se cubre con su manto y sube, augusta, los escalones, recogiendo, á su paso, las guirnaldas de las princesas que se inclinan con rendimiento. En la grada más

alta se detiene, como al mandato de un deseo súbito, y se vuelve casi, en un escorzo lleno de gracia y de majestad, oprimiendo las flores, de todos los matices, contra su pecho brochado, entre sus manos céreas. Su voz es como un canto de Sirena.

¡Ah!... princesas...

PRINCESA PRIMERA

¿Señora?...

LA REINA

Indicando con el gesto al peregrino exánime.

Buscad, ahí... dentro de su pecho...

LAS SIETE PRINCESAS

¿Qué?...

LA REINA

Un pequeño corazón...

Con ademán lento y magnánimo extiende una mano llena de flores, que esparce, como lluvia de aromas, sobre la víctima reciente.

FINIS TRAGEDIAE



LA REINA SILENCIO

COMPENDIO

LA REINA

Cúbrela el amplio manto de la noche perenne
ocultando sus galas á la luz de la vida,
y avanza lentamente por la senda florida
del mundo, á los acordes de una marcha solemne.

Es como un lago negro su mirada profunda
en cuyo fondo duermen las estrellas lejanas.
Teñida está con sangre de víctimas humanas
la corona de oro que su frente circunda.

LAS PRINCESAS

Son las siete princesas, sus hijas inmortales,
sirenas de los *Siete Pecados Capitales*
que cantan sus amores en todos los caminos.

LOS PEREGRINOS

Y en su castillo tétrico perdido en el misterio,
semejante á la fosa común de un cementerio,
pasan la noche eterna todos los peregrinos.

EL REINO DE LOS PARIAS

Y respondió Job, y dijo:
«Oid atentamente mi palabra, y sea esto por vuestros consuelos.

(Del libro de Job. Capít. XXI. Versículo II.)

El Reino de los Parias

> *«Escúchame, yo te mostraré, y te contaré lo que he visto»... «Él me ha puesto por parábola de pueblos, y delante* de ellos *he sido como tamboril.»*
>
> (Job. Capits. XV y XVII. Versículos XVII y VI.)

> «.... ....
> *Todos vienen aquí... todos pasan aquí la noche de reposo, para luego emprender la marcha... Otra vez la marcha, pero sin ser ya lo que han sido y sin saber lo que serán... Porque yo, durante su sueño, les cambio el corazón y borro de su mente los recuerdos...»*
> ....
>
> (La Reina Silencio. Escena primera del acto tercero.)

He aquí, que este pequeño libro extraño de «El Reino de los Parias» es como el sueño del hombre que pasó una noche en el castillo feudal de la Reina innominada, en la misma cámara de las postreras nupcias.

Todos dormiremos alguna vez en el tálamo frío donde la amante silenciosa velará nuestro sueño, durante el cual ha de arrancarnos dulcemente el corazón, poniendo en su lugar un corazón nuevo para una nueva vida...

Hoy, por primera vez, sale á la luz este pequeño libro extraño de «El Reino de los Parias» (arrancado de las páginas inéditas de «Cristo en los infiernos») en esta nueva edición de «La Reina Silencio», porque es como un epílogo de la tragedia; el sueño mismo del hombre que pasó una noche en el castillo del misterio...

I

A ti, oh Amante innominada, en cuyos brazos he de refugiarme fatalmente cuando todos me abandonen, hasta la misma Vida, consagro este poema de muerte y esperanza; porque tú has dicho: «A mi lado, cuando hay muerte hay también resurrección.»

Estaba ante la puerta del Misterio. Negra boca de un túnel que parecía conducir á las profundidades de la tierra.

Diríase la puerta de un panteón que tuviese por túmulo una montaña.

Avancé, sin temor, entre la obscuridad, durante largo tiempo.

Oía rumor de músicas. Voces de instrumentos de una extraña armonía, suavemente acordados, como en aire lento de zarabanda.

En una nueva dirección del túnel vislumbré una claridad que parecía la boca de salida.

Y después de una caminata larga, entre las sombras, llegué no á la salida del túnel, sino á una gran estancia subterránea, iluminada por una luz fantástica, una luz matizada con toda la gama de colores, como si un arco iris luciese sobre las tinieblas.

Y bajo esta luz, que se debilitaba en los ángulos distantes de la vasta sala y se perdía á lo largo de las galerías profundas que partían en todas direcciones, se veía un compacto y abigarrado conjunto de seres humanos.

Seres que yo había visto en el mundo separados por las categorías sociales y que allí, con gran asombro mío, veía en una confraternidad tal que hacían suponer se estaba en una fiesta de carnaval donde las galas de unos y los harapos de otros eran disfraces.

O bien en un gran escenario donde se celebrase una farsa.

A un lado de la sala, sobre un estrado en el cual se alzaba un trono, había una mujer envuelta en un manto negro de cola interminable y con la faz velada por una gasa.

Estaba en pie, con la cabeza alta y las manos caídas, manos de muerta, descarnadas y pálidas.

Ante Ella, en un espacio abierto entre los circunstantes, bailaban á compás de la orquesta, como en un minué de honor, diversos personajes de figurón:

Un rey, tocado de corona de oro, túnica de púrpura y manto de armiño, daba la mano á una doncella vestida de juglaresa, y hacían *bis* con un enano en traje de bufón, que, á su vez, tenía por pareja á una reina.

Un mendigo harapiento y una princesa de romance cambiaban sus ceremonias con un prelado y una meretriz.

Una monja y un poeta tendían sus manos á un astrólogo y una sibila...

Había gentes de todas las razas, castas, sexos, edades y categorías.

Gentes de todos los países: del Occidente, del Oriente, del Norte y del Sur...

Un esclavo blanco bailaba con una reina negra del país de Ofir.

Y un paria, cubierto de lepra, llevaba á sus labios ulcerosos la mano blanca y suave de

una doncella hermosa, coronada de azahar...

Había risas y llantos; gemidos de dolor y gritos de júbilo, y suspiros de enamorados.

Todos buscaban su pareja.

La música, en una enarmonía constante, pasaba del aire lento, de los dulces acordes, á las notas altas, agudas y vibrantes, hasta los compases rápidos, como ráfagas sonoras, y ya no era un minué, una zarabanda ó una danza pausada, sino un vals en crescendo, un galop de notas delirantes y cálidas, un torbellino de sonidos, en la más febril exaltación de armonías, que levantaban ecos de tal estruendo, como si á las músicas de la fiesta se mezclasen los cantos de las tempestades.

Y á compás de las notas sonoras, las notas luminosas crecían en intensidad, como en un despertar mágico de colores que llenaban los ámbitos, ahuyentando las sombras en tropel, cayendo sobre todas las negruras y sobre todas las cosas como un aluvión de rayos irisados, de claridades irresistibles, como si el arco de la luz, fantástica y velada en un principio, se abriese cual el ala de un abanico gigantesco ó la cola enorme de un gran pavo real, en la que

cada pluma fuese un sol distinto y todas ellas formasen una aurora radiante.

Era la visión apocalíptica de un alucinado.

Ante esta inundación de luz, ante esta fiebre de armonías, las voces y las figuras humanas desaparecían, quedando como sumergidas en un abismo de fuego. Yo, en una ofuscación total de mis sentidos, por el deslumbramiento, perdí la noción de todo. Y cuando luego, ignoro al cabo de qué tiempo, me hallé en las tinieblas, creí despertar de un sueño.

Pero oía voces en torno mío.

Las músicas habían cesado, la luz se había extinguido; pero las gentes estaban allí, en mi derredor y no parecían darse cuenta de la obscuridad, porque hablaban como si estuviesen en plena luz y pudieran verse. ¿Verían en efecto? ¿Sería yo el único deslumbrado y ciego entre todos?

Hablaban, á la vez, infinitas voces de múltiples acentos, unas con expresión de júbilo, otras resignadamente, otras con indiferencia ó desdén; otras, en fin, nostálgicas, doloridas, desesperadas, plañideras... Muchas con palabras de rebeldía, muchas con un ligero acento

de esperanza, de ironía, de duda... Todas se preguntaban: ¿Por qué estamos aquí?

Una voz: — Toda mi vida es una página blanca. Me llamaban paralítico, ciego, mudo y tonto. ¿Por qué estoy aquí?...

Otra voz: — He sido más rico que Creso y más poderoso que César. He conquistado pueblos y mis esclavos se extendieron por toda la tierra. ¿Por qué estoy aquí?...

Otra voz: — He sido tan bello que á mi vista se humillaba la ira y se alzaba el amor... Con una mirada rendía todas las voluntades. ¿Por qué estoy aquí?

Otras voces decían:

— He sido fuerte como Hércules.

— Sabio como Salomón.

— Casto, prudente y pródigo como Josef.

— Desventurado como Job.

— ¿Por qué estamos aquí?

¿Por qué estamos aquí todos,
los inocentes y los culpables,
los soberbios y los humildes,
los avaros y los pródigos,
los castos y los concupiscentes,
los sumisos y los rebeldes,

los abstinentes y los voraces,
los compasivos y los envidiosos,
los perezosos y los diligentes,
los limpios de corazón y los rojos de abominaciones,
los justos y los pecadores,
¿Por qué? ¿Por qué?

Todos hacían fe, con voces altas, de sus pecados ó de sus virtudes.

Y todos se preguntaban dónde estaba el premio y el castigo. Y por qué no había separación.

Sonó un clarín y se encendió de nuevo el pálido arco iris.

Y entonces callaron todas las voces.

Y reinó el silencio.

II

¿Dónde podréis estar más seguros que aquí?...

Vi otra vez el estrado y sobre el estrado á la mujer envuelta en su manto negro, pero con la faz descubierta. Era de una belleza sobrehumana.

Miraba serenamente sobre la multitud sin

que pareciese ver á nadie, ni fijarse en nada. Miraba como quien pone su mirada en sus recuerdos, ó en sus esperanzas... Miraba al pasado y al porvenir.

Por un instante movió los labios, como si fuera á hablar; pero no pronunció la menor palabra.

Alzó sus manos lentamente, á la altura de sus hombros, desprendió su manto sujeto por un cordón, y se mostró desnuda á todos los ojos fijos en ella con ávida curiosidad.

Tenía la belleza grácil y armoniosa de las doncellas vírgenes que iban á encender sus lámparas en el sagrado altar de Vesta y á ofrendar sus coronas de flores blancas á Afrodita.

Tenía una belleza androgina de adolescente. Sus dos pechos nacientes fingían dos rubíes.

En su vientre suave, parecía esconderse una perla.

Y en su sexo lucía una amatista.

Una voz dijo:

— He ahí la Vida en todo su esplendor. .

— He ahí la belleza. He ahí el triunfo de la carne.

Y otra voz:

— ¡Es la más bella de todas las mujeres!

— Es la castidad.

Y otras voces:—¡Es la lujuria!...

Y otras:—¡Es la muerte, es la muerte!...

Pasó una sombra de terror sobre todos los rostros.

Ella, entonces, habló:

— Soy — dijo con una voz divinamente extraña,

la que os esperaba...

Para mostraros el camino de la Muerte...

Soy el secreto de la Vida... La imagen de la Vida... El espejo de la Verdad... Miráos en mí... Miradme...

A medida que hablaba iba transfigurándose y, como si los diversos matices del iris pasasen sobre ella, su cuerpo blanco adquiría lentamente tonalidades moradas, azuladas, y verdosas.

Su rostro era verde. Y bajo este color parecía demacrado, horrible.

Sus ojos desaparecían bajo una mancha violácea.

Toda su carne parecía pudrirse, descomponerse al fuego de una fiebre intensísima. De su

belleza no quedaba el más leve indicio y toda ella estaba ahora vestida de fealdad, vestida de lepra.

Devorada, roída por la lepra que levantaba úlceras en su cuerpo y desgarraba su carne.

La sombra trágica se obscurecía más y más sobre los rostros espantados.

Pero ella con una mueca siniestra que quería fingir una sonrisa, con una mueca en su boca descarnada, en su boca negra, sin dientes y sin lengua, dijo con voz desconocida.

¿Por qué me miráis así, con ese espanto?

¡Soy feliz, soy feliz!...

¡Oh, nada hay comparable al placer que gozo en este instante!...

Es la muerte quien me besa en este instante.

Es la muerte quien pone sobre mí sus labios voraces y sedientos.

Es la Muerte quien me desnuda y pronto quedaré despojada de miseria.

Siento deshacerse mis carnes... desgarrarse á jirones, desprenderse en piltrafas.

¡Estoy inundada de placer!...

Era, ya, un esqueleto descarnado y calvo á cuya vista las gentes aullaron horrorizadas.

Todos querían huir; pero la mirada negra y profunda del fantasma pesaba sobre todas las miradas con una irresistible fascinación.

¡No huyáis, no huyáis! les decía.

¿Dónde podréis estar más seguros que aquí?

Fuera de aquí ya todo son tinieblas.

Esos corredores negros no os llevarán á ninguna salida.

Son los caminos de las sombras.

Y sólo cuando seáis sombras podréis seguirlos. Pero entonces sólo iréis á los lugares del recuerdo y de la expiación. Y á los lugares del olvido.

Venid á mí los que aún tengáis esperanza... Porque yo os infundiré nueva vida.»

Tendía sus brazos descarnados y frágiles. Pero todos retrocedían con las miradas trágicas.

¿Por qué mi vista apaga vuestras sonrisas? decía ella tristemente.

Hace un instante todos me mirábais con amor.

Todos me mirábais con deseo.

Y ahora soy la misma, aunque no parezca la misma...

¿Era, pues, mi carne lo que amábais?

¿Y qué es mi carne?...

¡Hela ahí, en ese montón de despojos!...

Si era ella la que despertaba vuestro deseo, lanzad sobre ella los lebreles de vuestra lujuria.

Ya no era triste su voz, sino iracunda.

¡Lanzáos, lanzáos sobre ella, lobos!...

A estas palabras, que eran como latigazos, todos retrocedían poseídos de asco, de pánico y de dolor.

Pero ella desde su estrado seguía terrible en sus imprecaciones.

Y recogiendo del suelo sus propios despojos, las piltrafas sangrientas, los arrojaba á la multitud gimiente. Todos querían librarse del azote, pero ninguno podía huir.

Y cuando ella hubo arrojado, ya, hasta el último de sus despojos, convencida de que á todos habían alcanzado sus salpicaduras, entonces se rió largamente, con carcajadas que se perdían en lejanos ecos.

Y recogiendo su negro manto se cubrió con él, por entero.

Se replegó en sí misma y se sentó en el trono, como una sombra...

Pero era una sombra que miraba, con una mirada fija, dominadora, atrayente, á la cual ninguna voluntad se sustraía.

Yo la sentía sobre mí, como un imán, como una luz perdida en la obscuridad de mi espíritu...

Y en vano cerraba mis ojos para no verla y apagarla, porque me sentía arrastrado hacia ella, á mi pesar, y contra toda mi energía.

Sentía su mirada y su silencio que me llamaban como á un elegido.

Y parecía como si todos los que estaban detrás me empujasen y me condujesen al estrado.

Y ya en el estrado, ante ella y sobre la multitud me sentí còmo libertado de todo temor y poseído de una fuerza nueva.

Veía fijas sobre mí todas las miradas y no sabía decirme si en aquel instante era yo verdaderamente una víctima ó si era verdaderamente un héroe.

Había miradas de curiosidad, de asombro, de admiración, de piedad y de envidia en todo aquel concurso de múltiples seres semejantes y, á la vez, diversos

Oía las voces de sus comentarios

Y unos decían: — Es un rey.
Y otros: — Es un guerrero.
Y otros: — Es un mago.
Y otros: — Es un sacerdote.
Y otros: — Es un poeta.
Y todos: — Es un elegido;
Es el elegido...

Yo, entonces, sentí vehementes deseos de hablar.

Venían á mí, en tropel, ideas y palabras que no podía callarme porque sabía no eran sólo para mí.

Y sentía la voz de *Ella*, que estaba á mi espalda, decirme imperiosamente:

¡Habla!

Entonces hablé y dije:

— Vengo del valle, como todos vosotros, los que habéis llegado hasta aquí.

He subido á la cima de la montaña más alta de la tierra, donde el pensamiento de los hombres ha querido levantar una torre que llegase hasta el sol.

En mi ascensión penosa cuantas más alturas alcanzaba más abismos veía á mis pies. He visto volar á mis pies hasta á las mismas águilas.

Y cuando llegué á los umbrales de la torre erigida en la cúspide, miré á mis pies.

Y más allá de los abismos vi extenderse el valle lejano, donde las calles del laberinto de la vida se perdían en los horizontes sin que yo pudiese distinguir su término.

Para poder ver á dónde conducían esas calles era necesario subir á lo más alto de la torre

Donde brillaba sobre la Vida el faro de la Verdad

¿Habéis alcanzado alguno de vosotros ese faro?

¿Habéis oído el relato del hombre que lo poseyó todo...

que lo perdió todo...

¿Habéis visto á Dios?

A esta pregunta todas las voces dijeron:

Dios no está aquí.

Yo, entonces, continué: Aquí han venido todos los seres que pasaron por la vida: los hombres y los dioses que han tomado forma humana.

Entonces Ella, que permanecía silenciosa en su trono, se levantó y solemnemente dijo:

Aquí vienen los hombres y los dioses.

Porque los dioses son creaciones de los hombres y no los hombres creaciones de los dioses.

Yo soy la única creadora.

La única destructora.

Y á mi lado cuando hay muerte hay también resurrección...

Mis tumbas ¿qué son sino las arcas de la existencia?

Yo soy la que crea los dioses, esos fantasmas del sueño de la Humanidad. De cada uno de vosotros puedo hacer un dios.

Cada uno de vosotros tiene en el mundo un altar y una lámpara encendida. Aun los más humildes, los más miserables.

Los que os habéis arrastrado por el mundo como reptiles sin veneno, que sólo inspirásteis asco.

Los que fuísteis en la vida los últimos sois en la muerte los primeros.

Y dirigiéndose á un paria que estaba al pie del estrado, dijo:

— Tú, leproso, que has nacido de noche en una ergástula y te libraste de la voracidad de las fieras, porque las fieras no quisieron devo-

rarte... Tú tienes también tu lámpara. Cuéntanos tu vida.

Y el leproso así distinguido, con la mirada y la sonrisa radiantes, se arrastró hasta nosotros.

Y habló así:

III

Me amamantó una loba; pero no he fundado ninguna ciudad.

Me amamantó una loba; pero no he fundado ninguna ciudad.

La primera vez que entré en una ciudad, las gentes huyeron aterradas de mí y me llamaban el Monstruo.

Yo tenía el corazón angustiado porque estaba sediento de caridad y amor, y á mis súplicas respondían el asco, el odio y el castigo.

Las gentes de la ciudad me arrojaron á un suburbio donde tenían su cementerio.

Desde allí mendigaba yo á los que pasaban para enterrar á sus muertos queridos.

Yo sentía por todos ellos un gran rencor.

Los muertos eran conducidos en ataúdes de

cristal y yo podía verlos y los reconocía á todos, porque todos habían pasado vivos alguna vez ante mi.

Y hoy era una doncella envuelta en velos blancos y cubierta de flores.

Y otro día era una matrona engalanada de joyas, que había sido dueña de mil esclavos. Y otro una prostituta encumbrada y todavía hermosa, que esclavizara á mil amantes.

Y aquella doncella, aquella matrona y aquella prostituta que iban en sus urnas, habían pasado alguna vez bellas y altivas.

Y si por casualidad fijaban en mí su mirada la volvían con horror diciendo:

—¿Quién es ese miserable?

Y yo las veía alejarse rápidamente. ¡Como una felicidad imposible!...

Todas aquellas gentes estaban tan distantes de mí como los astros.

Solo, en mi vallado, veía pasar constantemente, ante mí, la juventud, la belleza y la vida, acompañando á la muerte. Todo lo que para mí era extraño y estaba vedado. ¡Oh, mis largos días de tristeza y de sed!... ¡Porque yo tenía pasiones como todos los humanos...

Yo tenía sed de todos los deseos.

Y todos los manantiales de placer, todas las fuentes de piedad, estaban cerradas para mí...

Era un paria, un leproso...

Mi cuerpo estaba cubierto de llagas, de miseria...

Pero ¿y mi alma, y mi alma?...

¿No era nada mi alma para todos aquellos seres que se llamaban cristianos?... Todos habían sido bautizados, como yo, en el agua del Jordán, en nombre de Cristo; pero en vano yo les decía con un acento capaz de conmover á las hienas, á las piedras, á los mismos astros: «Hermanos en Jesús, tened misericordia de mi alma sedienta...» Era yo para ellos como un despojo de la Humanidad abandonado á mi propia miseria.

Pasaban ante mi dolor, ajenas é indiferentes, las multitudes varias, en comitivas alegres ó en cortejos de duelo... Pasaban las caravanas nómadas, ávidas siempre de nuevos horizontes... Las cabalgatas del vicio, del dolor y del placer...

Un día vi pasar numerosos ejércitos, en son de guerra. Las músicas marciales, poblaban

las lontanazas de ecos belicosos, y aquellos batallones innumerables de hombres jóvenes, animosos y fuertes desfilaban ante mí, con un gesto de asco y de horror para mi desnudez doliente.

Yo, entonces, les decía: «Me miráis sin piedad y no veis que la muerte cabalga ante vosotros con su rojo estandarte... Camináis hacia las negras fauces de un Moloch que ha de devoraros... Mañana, muchos de vosotros, hombres jóvenes y vigorosos, seréis pasto y festín hasta de los grajos... Mañana, muchos de vosotros, envidiaréis hasta mi propia lepra... Esto les decía yo y me reía largamente con carcajadas vengativas, de una cruel y deliciosa revancha ..

Pensar que toda aquella juventud iba á perecer; toda aquella fuerza iba á destruirse; toda aquella vida iba á morir!... ¡y yo viviría aún mientras ellos formarían una montaña de cadáveres!... Que palpitaría, aún, mi corazón mientras ellos, tal vez los más fuertes, los más bellos, los más llenos de energías y de ilusiones, formarían un inmenso montón de podredumbre, un inmenso festín de gusanos!... ¡Ah,

yo me reía largamente, con carcajadas vengativas; porque entonces la risa era el desquite de todos mis dolores!...

Todas aquellas gentes altivas que me miraban con asco ¿no habían de ser un día como yo, cuando los condujesen en sus ataúdes? No habían de ser peores que yo, puesto que en sus cuerpos muertos y corrompidos no alentaría ya el espíritu?...

¿Por qué, pues, huían de mí? Yo algunas veces, en mis horas de desesperación, les gritaba cuando pasaban llevando á los cadáveres:

«Esos que conducís, son parias como yo, puesto que vais á dejarlos abandonados...

Son más miserables que yo, porque pronto serán roídos de vermes y tienen paralizado el corazón.

¿Por qué á ellos, que nada sienten ya, ni nada son, los honráis, y á mí, en cambio, me abandonáis tan cruelmente?...

Entonces ellos me arrojaban piedras y me llenaban de injurias.

Y me gritaban:

¡Mónstruo, mónstruo!...

Esto encendía el odio en mis entrañas.

Un día sentí fiebre de odio.

Sentí sed de venganza.

Y esperé á la noche.

Y cuando la noche hubo llegado, amparado por las sombras, me arrastré hasta el campo de las tumbas.

Aquella tarde había visto pasar en sus ataudes á una doncella bellisima, á quien yo había amado á un joven hermoso y cruel, de quien había recibido ultrajes, y á un prelado, cuyo anillo no me fué posible besar nunca.

El prelado y el mancebo estaban en la capilla, entre cirios.

Y allí, cerca, en una sala próxima, estaba el tercer cadáver sobre una mesa, envuelto en una sábana.

No había nadie velándolos.

Ningún ser vivo, más que yo, había entre los muertos.

Porque yo estaba vivo, á pesar de mi podredumbre.

Acostumbrado á mi podredumbre, ninguna repugnancia sentí á la vista de aquellos cuerpos que empezaban á descomponerse.

Me aproximé al prelado, que estaba amorta-

jado con el hábito de los obispos y tenía en sus manos el anillo pastoral en el que lucía aquella amatista que yo no había podido besar nunca.

Y la besé entonces una y mil veces, con odio, con rencor, babeándola, mordiéndola, destrozándola entre mis dientes.

Clavé mis dientes en aquella mano despiadada y fría en la que ya no había sangre,

y entonces fuí yo quien sintió el asco por primera vez,

y quien escupió de asco.

Me dirigí al adolescente, que tenía los ojos abiertos, y parecía mirarme.

Desuní sus manos enlazadas y le injurié con los mismos insultos que él me había lanzado en otro tiempo.

Su silencio me exasperó más todavía y, considerando que mis golpes serían vanos á su insensibilidad, me golpee yo mismo con sus manos.

Con sus manos rígidas me abofetee el rostro y me golpee todo el cuerpo, sintiendo con este castigo voluntario la extraña sensación de un dolor que era un goce.

Rendido ya, me dirigí á la sala dónde estaba el tercer cadáver.

Tiré al suelo la sábana que lo cubría y apareció el cuerpo desnudo y yerto de la doncella hermosa que yo había amado tanto, que yo había deseado tanto y de la cual no había recibido sino desprecio y jamás compasión.

Estaba todavía bella,

muy bella, porque parecía dormida.

Era la primera vez que veía ante mí, así, un cuerpo semejante.

Un cuerpo que había sido, para mí, fantasma de mis delirios.

Sueño de mis insonmios.

Que había sido un imposible, y ahora estaba allí desnudo y abandonado á mi voluntad.

Su carne fría y pálida parecía coloreada y menos fría, sobre aquel lecho de marmol.

Parecía que la vida dormía aún en su corazón y su pecho palpitaba levemente.

Yo pasee mis manos sobre todo aquel cuerpo de suaves ondulaciones y el contrastc de mis manos llagadas con aquella carne tersa y blanca era tal que me sentí humillado.

Entonces renació mi instinto de venganza.

Renacieron mi odio, mi amor, mi fiebre y mis deseos.

Todos mis largos años de abstinencia obligada, de concupiscencia contenida, y la alegría feroz de una revancha.

Me despojé de mis harapos, y ya todo desnudo, ulcerado y sangriento, me lancé furiosamente sobre aquel cuerpo virgen, cuyo frío y cuya insensibilidad eran deleite á mis ardores.

Caía toda mi lepra sobre toda aquella carne blanca; toda mi baba sobre aquella boca sin gestos; toda mi mirada sobre aquella belleza dormida é indiferente á mi profanación.

Me abracé fuertemente á aquel cadaver por toda la noche... por todo un largo sueño de amor... del cual no recuerdo haber despertado.

Calló el leproso y sonreía sarcásticamente al recuerdo de sus escenas sacrílegas.

Todas las miradas subían hacia él como hacia un héroe.

Y hasta los reyes le miraban con envidia.

¡Un hombre que había pasado por la vida así!

Un hombre que era allí el primero, porque estaba en el reino de la podredumbre...

Ella, que permanecía en pie á su lado y le había oído atenta, le tendió ahora sus manos descarnadas y le dijo:

Tú eres el primero,

eres el elegido.

Eres aquí el rey.

Y luego que esto hubo dicho le condujo hasta el trono.

Y ya en el trono el leproso sonaron los clarines y comenzó la recepción.

Ella decía á los que iban llegando:

He aquí mi esposo, vuestro señor; los que lleguen más despojados estarán más cerca de nosotros y serán los preferidos

Al oir esto, todos los que allí estaban se apresuran á despojarse de sus galas, de sus riquezas, ó de sus harapos, y se dirigieron desnudos al trono, donde besaban la mano al paria, y después de aquel beso de muerte comenzaba la transfiguración.

Todos los que iban desfilando veían pasar, en un instante, sobre sí, los años con sus huellas implacables.

Sentían sobre sus cuerpos el calor y el frío de cien estíos y de cien inviernos.

El peso de todas las felicidades y de todas las desgracias.

Y el frío de las tumbas.

Todos, como contaminados de lepra, de una lepra devoradora y rápida, sentían el desgarramiento de sus cuerpos, el desprendimiento total de sus carnes. Y no se lamentaban ni parecían sufrir. Parecían más bien felices, considerando su fea desnudez como una nueva belleza.

Todos los que venían detrás anhelaban ser trasfigurados y gritaban de impaciencia.

Los potentados, los sabios, los guerreros.

Las mujeres que habían triunfado por su belleza en el mundo.

Todos en confusión, con los que habían sido feos y desgraciados en la vida.

Parecían rendir su tributo á la muerte. No como una ley irremisible, sino como un espectáculo impuesto por el ejemplo.

Un gesto de buen tono.

Se citaban nombres:

Todos los héroes de la Historia; las grandes figuras de la Humanidad que habían desfilado por allí en compañía con los ignorados...

Todavía hablaba la voz de la vanidad con sus palabras hueras...

Pero sobre esta voz mezquina y ridícula descollaba la risa sarcástica del Paria, que desde el trono de la Muerte los iba convirtiendo á todos en un montón de despojos.

Pronto la sala no era más que un montón de cadáveres.

Un inmenso osario.

Un inmenso pudridero á donde los esqueletos mismos se descomponían hasta reducirse á cenizas. Y de estas cenizas, de estos despojos, nacían los gusanos.

Todos iguales.

Todos arrastrándose penosamente por la tierra.

«¡Oh, lepra de la tierra!—dijo la muerte con su voz dolida—. ¡Oh, lepra de la tierra! ¡Vanidad de vanidades! Amasijo de pasiones. He ahí lo que sois.

Riqueza, Soberbia, Avaricia, Lujuria, Orgullo, ambición...

Vuestras luchas, vuestros odios, vuestras dudas, vuestras pasiones...

¡Estiércol!...

Estiércol de donde brotarán las nuevas simientes...

Ella tenía su rostro ensombrecido.

Me tendió sus manos y, tristemente, dijo: «¿Para qué?... ¿Para qué?

Tú quieres saber, penetrar el arcano de la existencia... Ver en las tinieblas...

¿Para qué?... ¿Para qué?...»

IV

¿Por qué ese horror, mujer,
***si** no eres más que un esqueleto*
disfrazado?...

Habían desfilado ya todos, menos una doncella que llegaba vestida de pudor.

Parecía avanzar, á duras penas, con el espanto en los ojos. Y el paria le tendió las dos manos como dos garras.

Y cuando ella, obligada por una fuerza invencible y con el asco en los labios iba á besar-

las, él la hizo su presa. con toda la voracidad de su lujuria despierta, y la abrazó brutalmente... oprimiéndola con todo su deseo enfurecido, oprimiéndola, triturándola...

Ella luchaba desesperadamente, se retorcía entre aquellos brazos viscosos é inarticulados, que parecían tentáculos, luchaba escupiéndole todo su asco. Y él decía con palabras cálidas, entrecortadas, jadeantes, y con el aliento corrompido:

«¿Por qué ese horror, por qué esa resistencia, por qué ese asco, mujer, si no eres más que un esqueleto disfrazado?...

Enlazados, confundidos por un abrazo de muerte, los vi caer en el inmenso montón de cadáveres como sobre un lecho de podredumbre...

Los vi agitarse entre la podredumbre, no sé si con estertores de agonía ó con espasmos de amor.

Ellos quedaron allí, sepultos, para siempre...

Ya todo era negrura y silencio en torno nuestro.

En el silencio de la muerte habían enmudecido todas las voces.

Y la voz hipócrita de la vanidad.

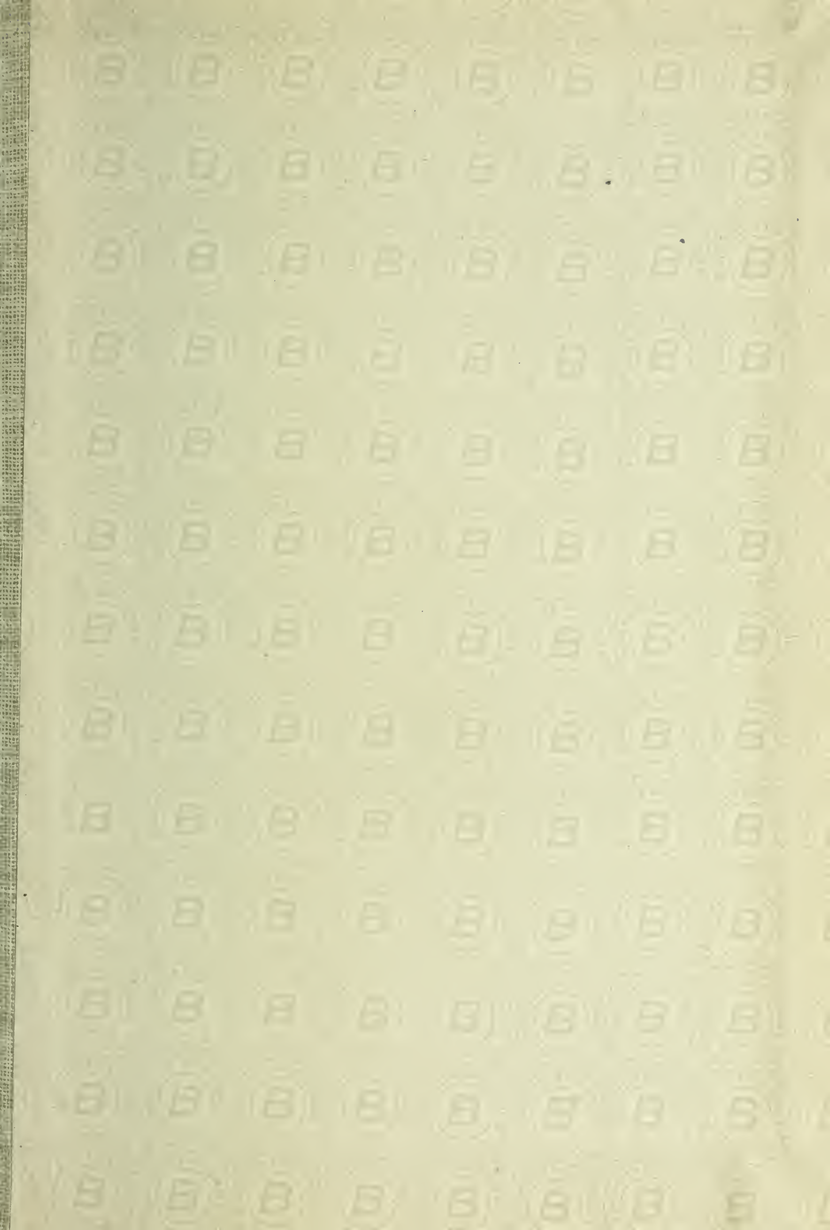
Sobre las tinieblas flotaron unas lucecitas blancas.

Eran los fuegos fatuos...

AQUÍ TERMINA «EL REINO DE LOS PARIAS»

SE ACABÓ
DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN MADRID, EN LA IMPRENTA ARTÍSTICA,
CALLE DE MONSERRAT, NÚM. 7,
EL DÍA X DE ABRIL
DE MCMXV






UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 058021707